

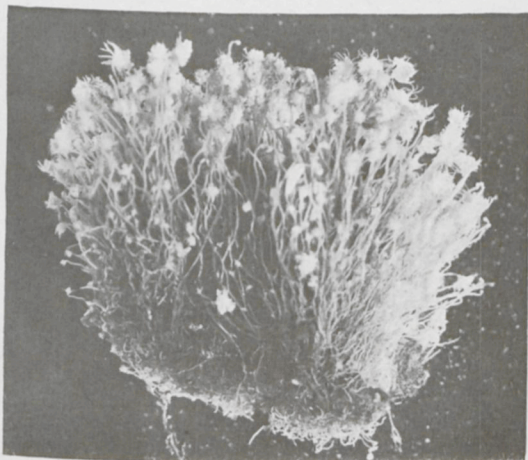


Retrato de La Duquesa de Bonillon
Oleo de Roberto Fournières.
1668. 1752.
PROPIEDAD DE DON CARLOS M^a DE ALVEAR



AVERGO
1919

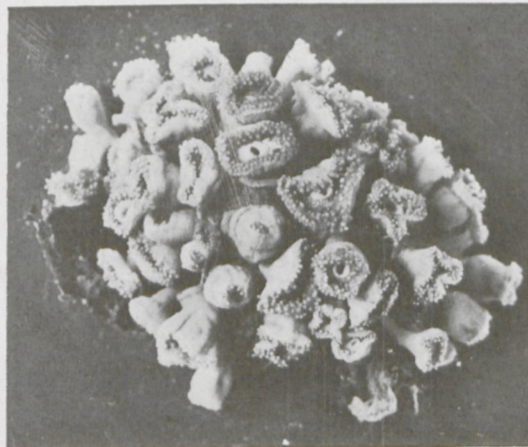
FAUNA MARÍTIMA DE GOLFO NUEVO



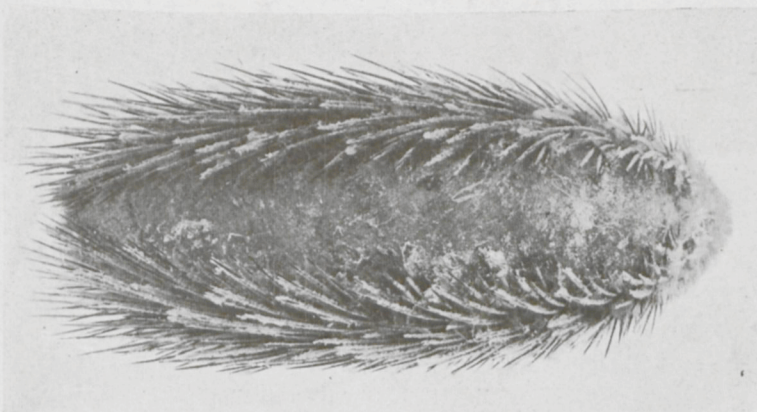
COLONIA DE HIDROZOARIOS.

La expedición a Puerto Madryn, que el doctor Miguel Fernández llevó a cabo en compañía de los alumnos del último año del doctorado de Zoología, trajo un material abundante de la fauna marina del Golfo Nuevo, obtenido ya sea recorriendo la costa, ya dragando con redes de fondo de varios modelos.

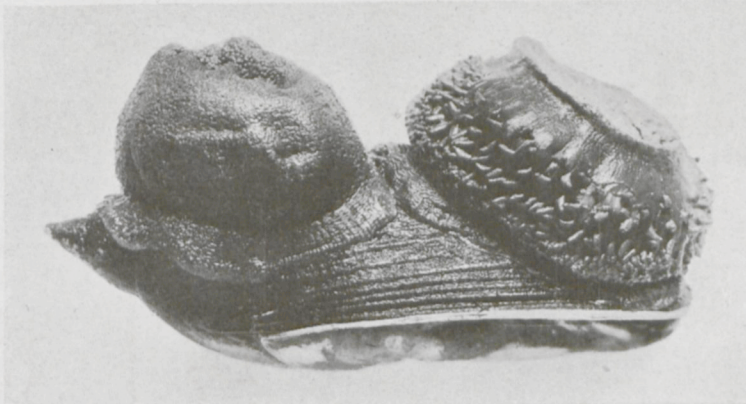
En la fauna de fondo del Golfo Nuevo prevalecen ante todo los esponjarios; pero abundan también las ascidias simples y compuestas, las colonias de hidrozoarios y las actinias, de las que hay algunas especies notables por sus colores sumamente delicados. Abundan también los polielados y los anélidos, tanto los sedentarios como los errantes, distinguiéndose entre estos últimos, por su forma y su tamaño, la Aphrodite aculeata. También los crustáceos, los equinodermos y los moluscos están representados por una cantidad de especies interesantes. La riqueza de peces del Golfo Nuevo es bien conocida; abunda ante todo el pejerrey, para cuya explotación industrial fué fundada en Madryn, hace algunos años, una fábrica de conservas, cuyos productos pueden competir por su calidad ventajosamente con los importados.



GRUPO DE ACTINIAS O ANÉMONAS DE MAR.



APHRODITE. UN NOTABLE EJEMPLAR DE ESTE ANÉLIDO MARINO.



UN CARACOL MARINO (VOLUTA) LLEVANDO SOBRE SU CONCHA DOS ACTINIAS.

*Muebles Antiguos
Suipacha 245
Lidan presupuesto*



J. Greciet & Cia.



NASYL

AL MENTOL, CONTRA RESFRÍOS Y GRIPE.

POMO OLIVA ESTERILIZADO, A BASE DE VASELINA BÓRICO-MENTO LADA
Tratamiento racional y enérgico de las enfermedades de la nariz, coriza,
catarro naso-faríngeo, preventivo contra el catarro
tubo-timpánico y la otitis.

CERTIFICADOS DE ESPECIALISTAS MÉDICOS

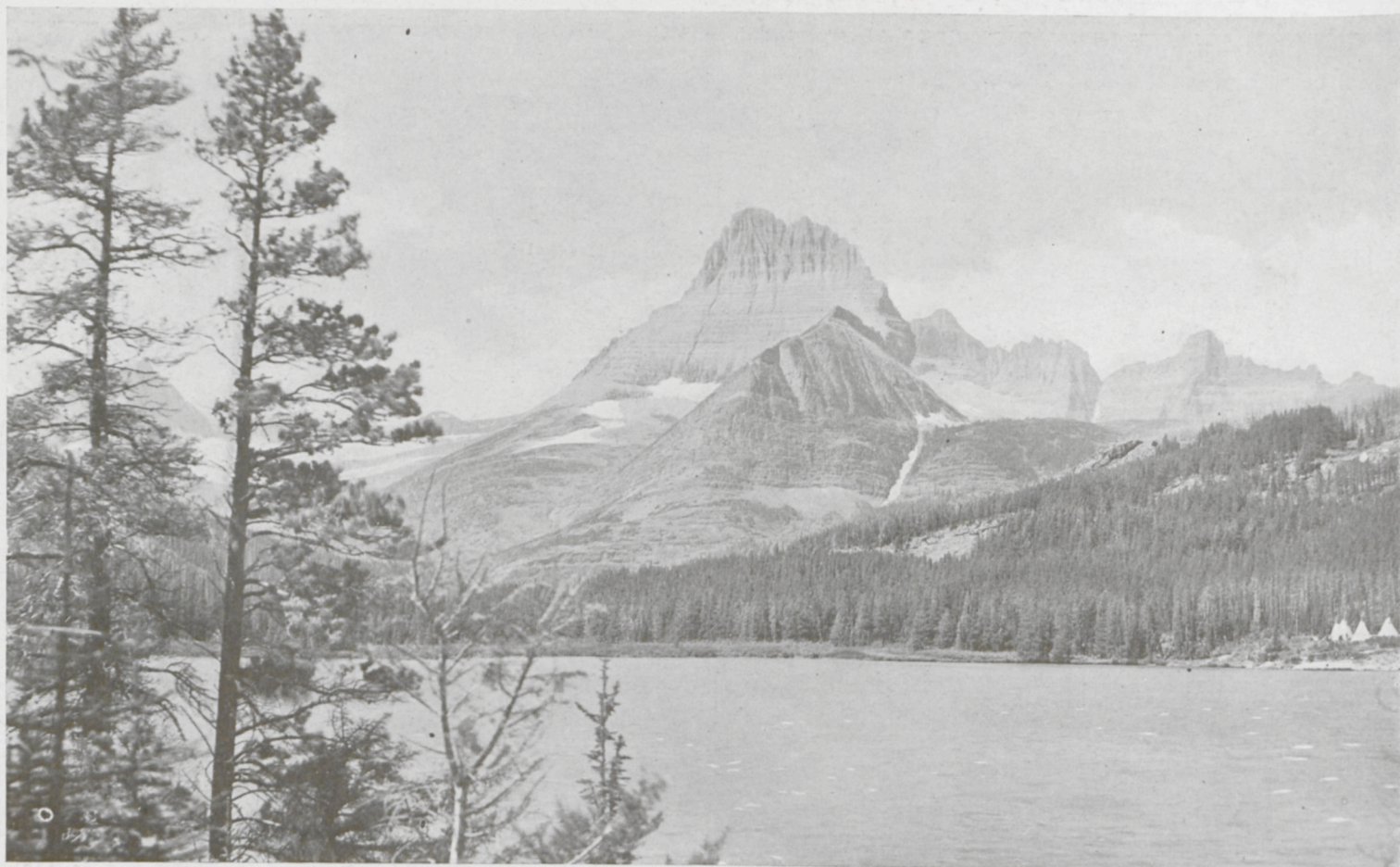
Doctor L. Carelli, Jefe de Clínica, del servicio de Nariz, Oído y Garganta del Hospital Alvear, Cangallo, 1631

El médico que suscribe certifica que usa NASYL en todos los casos que la práctica lo aconseja. Su higiene en la preparación como también la disposición de la oliva nasal que posee son dos factores de positivo valor en la aplicación de las pomadas CONTRA EL RESFRIO.

EN VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

UNICOS REPRESENTANTES: SAMENGO & CAMPONOVO
JUNCAL, 2002 - BUENOS AIRES UNIÓN TELEFÓNICA, 2544, JUNCAL.

MONTAÑA DEL PARQUE NACIONAL DEL VENTISQUERO



LA FOTOGRAFÍA MUESTRA EL LAGO MC. DERMOTT Y LA MONTAÑA WILBUR. ESTE MAGNÍFICO PARQUE CONSTITUYE UNO DE LOS SITIOS MÁS ANCHOS Y ESCABROSOS DE LAS AMÉRICAS. SE HA HECHO FAMOSO POR SUS PINTOESCOS Y POÉTICOS LAGOS, ASÍ COMO POR SUS ENORMES PRECIPICIOS. SUS ROCAS SON DE UN COLOR ROJO-VERDE UNIFORME COMO LAS DEL GRAN CAÑÓN.



MAPLE

MUEBLES Y
DECORACIONES

EXPOSICION DE
MUEBLES ANTIGUOS
Y REPRODUCCIONES
DE ANTIGÜEDADES

SUIPACHA, 658

PLATA COMMUNITY



A dama de más refinado gusto, de más caprichoso sentir, siempre escoge cubiertos de PLATA COMMUNITY para su mesa.

Sabe que por su belleza, cautivan; por su diseño, convencen; por su calidad, se admiran, y por su larga duración, a más de provechosas, son económicas.

Se garantizan por 50 años. La vida de una generación.

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES CASAS DE LA ARGENTINA Y DEL URUGUAY

ONEIDA COMMUNITY LTD.

ONEIDA, N. Y., U. S. A.

CASA FUNDADA EN 1848.

ONEIDA COMMUNITY LTD. ONEIDANY



¡Cómo Nuevo!

Los muebles opacos, manchados y que recogen el polvo, pueden volver a tener su belleza primitiva si se les aplica la Cera Preparada de Johnson. ¿Ha notado Ud. un color azulado en sus muebles de caoba? Una aplicación de la

CERA PREPARADA DE JOHNSON

lo hará desaparecer y al mismo tiempo dará un lustre seco, brillante y de gran hermosura. Protegerá al barniz, haciendo mayor su duración y aumentando su hermosura; cubrirá las manchas y rayas. Limpia y dá lustre en una operación.

La Cera Preparada de Johnson no contiene aceite, jamás se pone suave o pegajosa con el calor y por lo tanto no recoge el polvo ni retiene las machas de los dedos.

Puede Ud. usarla en su piano, fonógrafo muebles, pisos, obra de madera, linóleo y objetos de cuero.

Magnífico Para Los Automóviles

porque conserva el acabado y lo protege contra las inclemencias del tiempo—evita que se parta el barniz, corta el agua y el polvo, haciendo que los lavados duren más.

Exija Ud. los productos Johnson. Si su vendedor no los tuviere, él puede obtenerlos de los distribuidores:

YANKEE SPECIALTIES AGENCY
Rivadavia, 1255 Buenos Aires

EN VENTA: Cassels & Cía., Maipú, 271; Mestre & Blatgé, Santa Fe, 1072;
Recht & Lehmann, Maipú, 72; Alfredo Cachés, Cangallo, 853

S. C. JOHNSON & SON

Fabricantes

Racine, Wisconsin, E. U. A.



AGUADOR EGIPCIO



«Desde lo alto de estas pirámides cuarenta siglos os contemplan», — aseguró Bonaparte a sus soldados, para hacerles concebir grandiosa idea de la hazaña realizada por los destructores de la Bastilla convertidos en conquistadores. Hay muy pocos seres y cosas en Egipto que no nos miran desde cuarenta y más siglos de distancia.

Ya en los tiempos de la primera dinastía, aguateros o aguadores como éste llenaban sus odres de cabra en el Nilo o en los raros pozos de aquella tierra sedienta que limita con el desierto. Muchísimos de ellos se encargaron de apaciguar la sed de los esclavos constructores de las pirámides, templos y palacios. Corrían entre las filas llevando el agua consoladora que apagaba una ansia orgánica de los albañiles, canteros y otros forzados creadores de las Bastillas espirituales. Y eran recibidos como una bendición del cielo, como una generosidad del rey; y, sin embargo, eran parte de una maldición fatal.

También durante los días triunfales, cuando el faraón o sus victoriosos generales volvían seguidos de prisioneros amarrados codo con codo, los aguadores circulaban entre la muchedumbre vocinglera y apiñada distribuyendo el líquido que templaba los ardores del sol africano y refresca gargantas enronquecidas por los vítores. En las fiestas religiosas, el aguador corría de acá para allá aplacando la sed mejor que los sacerdotes de Osiris, Apis y otros ídolos.

Ahora aguateros y aguadores egipcios rezan en árabe oraciones que Mahoma les impuso en nombre de Alá y merced a la espada. Los peregrinos y los paseantes, las muchedumbres jubilosas o tristes de «fellahs» egipcios encuentran en los odres de cabra el líquido sosegador de siervos. Aunque la esclavitud se haya suavizado bastante, siempre precisarán los siervos agua, mucha agua; su sed es infinita.

Ahora, en el dialecto arábigo que el actual egipcio usa, el agua se llama «mayya». Pronúnciase guturalmente, como en un esfuerzo de la garganta seca, y parece una súplica de condenado. El «sagga», aguatero, llena su odre en las afueras, y se convierte en «himali», aguador, comerciante de agua, al entrar en las ciudades, o vende el odre a un «himali». Mediante un pedacito de cobre roñoso que ni casi tiene la forma de una moneda, el «himali» vende su grata mercadería a los pobres, como en los tiempos del glorioso Egipto faraónico.

The
South
American
Stores

GATH & CHAVES LTD.

Buenos
Aires
Londres
Paris



MOLDES
"VOGUE"

: Incomparables
por lo prácticos
y elegantes. :: ::

AGOSTO

CON EL ARRIBO DE LOS DIAS TEMPLADOS, LAS
SUTILES BATISTAS DE HILO, IMPONEN SU EX-
QUISITA Y SEDANTE FRESCURA. :: :: :: :: :: :: ::

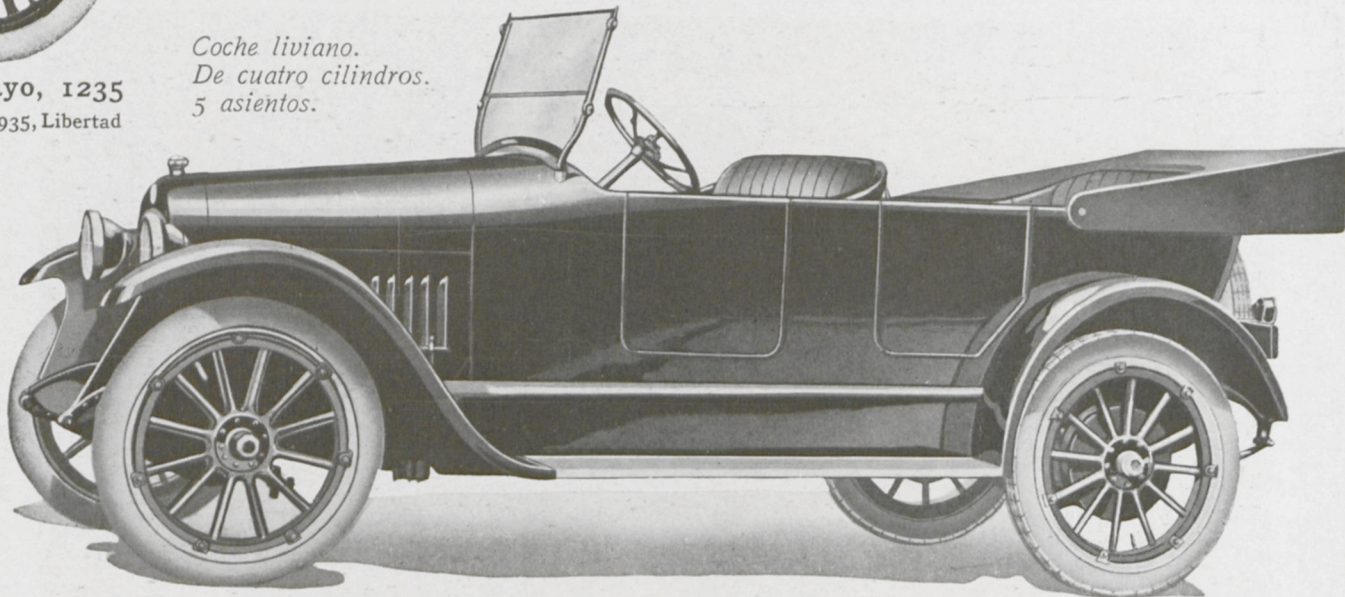
-PLUS ULTRA-



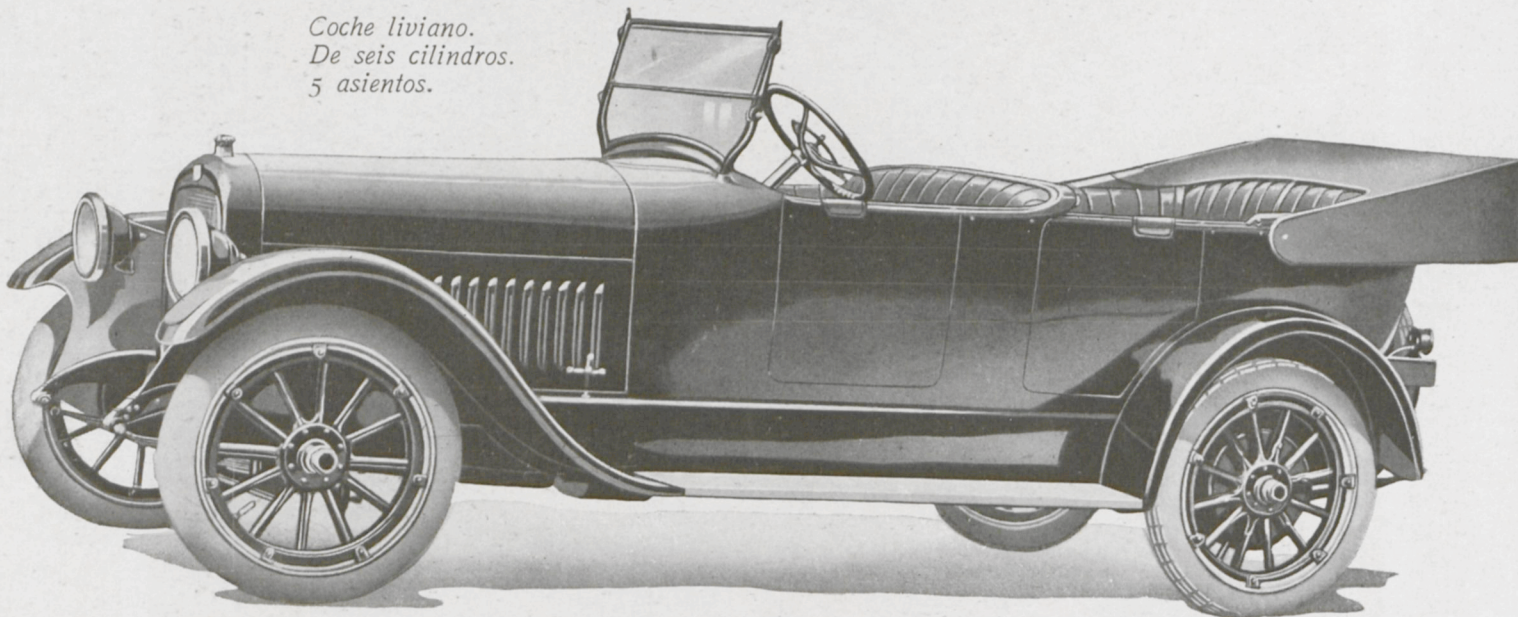
Av. de Mayo, 1235
U. Telefónica, 5935, Libertad

Tres de los Nuevos Modelos, Serie 19

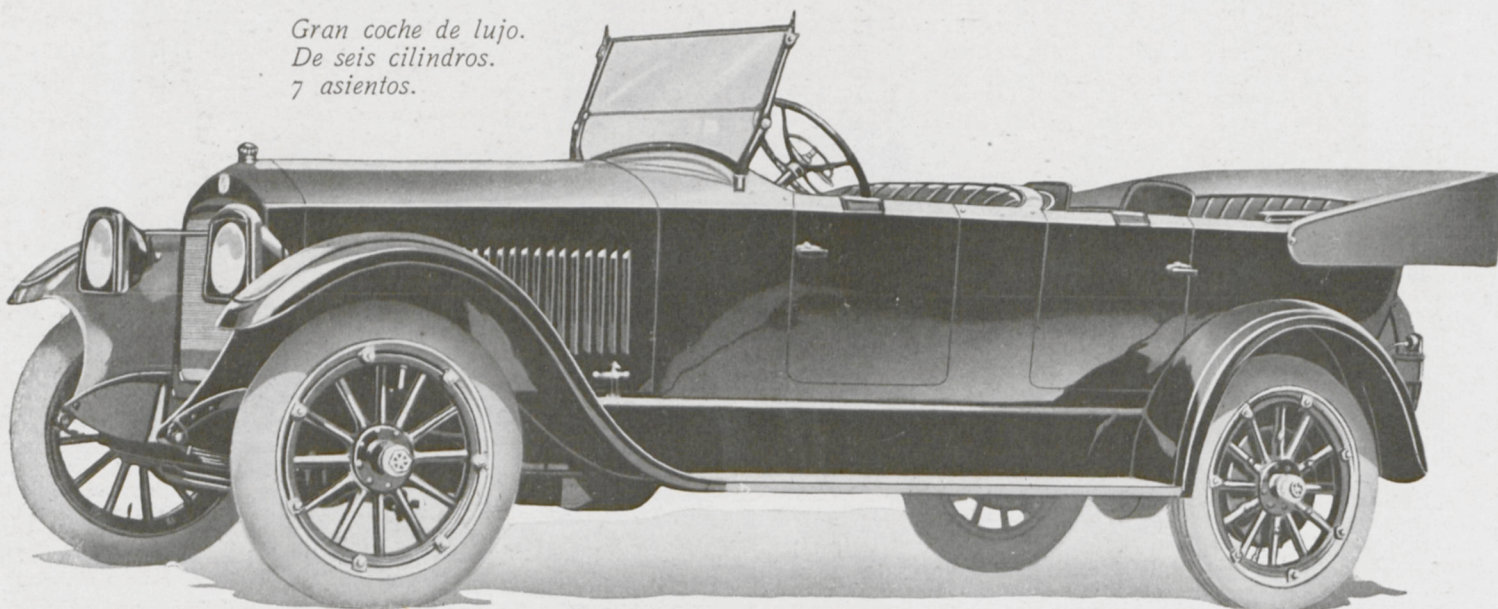
*Coche liviano.
De cuatro cilindros.
5 asientos.*



*Coche liviano.
De seis cilindros.
5 asientos.*



*Gran coche de lujo.
De seis cilindros.
7 asientos.*



Líneas Hermosas

Sumamente Moderno

Mecánicamente Perfecto



PLV S V L T R A



VANNI - MARCOUX.

RECORDANDO A VELAZQUEZ EL NOTABLE LIRICO FRANCÉS VANNI-MARCOUX
DEL TEATRO COLON CARACTERIZANDO EL DON JUAN D. MOZART PONE EN
ESTA FOTOGRAFIA TODA LA ÁSTERA ELEGANCIA D'VN LIENZO CLÁSICO

CE SAR
CARRIZO



ILUSTRACION
DE
ZAVATTARO

La VOZ DE LAS CUMBRES.



I

FUÉ en Chañarmuyo, en el solar de mis ascendientes.

— ¿Chañarmuyo? — preguntará el lector.

— Tal es el nombre, lector amigo; un pueblecito blanco y pequeñín dormido en el regazo de una vega serrana, a cubierto del zonda y la ventisca, y arrullado por la pastoral de un río de leyenda. Ahí está donde lo plantara España; con sus higueras malagueñas, y sus naranjos de Sevilla; sus batanes y lagares castizos; y entre las viñas, a la sombra de muros enalados, el alma elemental—austera y riente—de la Madre Patria. Ese río canta serenatas en los días calmos y azules, y brama como un toro semental en días de creciente, cuando ha llovido mucho en las quiebras y cañadones de la montaña.

De noche resplande el cielo innumerable. Las constelaciones que en la astrología de los pueblos se llaman El Zuri (avestruz), La Paloma, El Crucero, el Rosario y la Campana se destacan con limpieza única. Y calla el viento; y callan los gitanos y huertanos sus decires y ovillejos; y tan sólo las acequias, llenas de agua, en su lento discurrir repiten no sé qué romance de viejo... Es entonces que en los patios—si es verano—o en torno a los hogares encendidos, si es invierno, que las ancianas refieren a los mozos y mozas de ogaño las malandanzas del diablo, y las hazañas de héroes olvidados, de cuyo choque o conjunción, y después de cruentos azares, durante la montonera, la tiranía y la organización nacional, surgió nuestro federalismo.

II

Cuando llega la primavera y empieza el deshielo, y las cumbres, antes cubiertas de nieve van tornándose azules, óyese en las cimas de la montaña un murmullo coral, de acordes extraños, como si arriba cantaran al ritmo de cítaras y tamboriles. Basta un soplo de brisa para que las armonías bajen al valle y se difundan.

Siendo niño, ya sentí esa música: la piedra tenía un idioma, el cerro paterno una canción. Fuí adolescente, y en vacaciones, al regresar de una ciudad lejana, oí la música de siempre. Llegué a hombre; el amor y el dolor—buenos hermanos—me dieron a beber el vino del bien y del mal. Partí sin rumbo fijo; ambulé; y un día, desde el Buenos Aires trepidante y enorme, volví al pueblo blanco y pequeñito, donde quedara mi infancia jugando con guijarros y margaritas. ¡Siempre escuché la rapsodia que modelan las cumbres!

Era necesario encontrar la razón del fenómeno acústico y la encontré. El viento cordillerano, al cruzar los altos mogotes, desciende un tanto, se filtra por las escotaduras de los cerros menores y al rozar las estrias que forma la nieve, produce la ficción maravillosa de una melodía humana. El monte sonoro, el deshielo, la fuerza del aire y la dirección del viento, he ahí la razón del milagro. Mas, guardé en mis adentros la verdad y escuché con respeto la conseja de los ancianos.

— ¡Ooo...! ya está cantando el cerro; me han dicho.

— ¿El cerro? Linda canción, viejo.

— Es un encanto... Diz que en las cumbres hay un tesoro y un genio que lo cuida. Sólo espera que un hombre de buen discurso, valiente y sin

pecado mortal llegue a la cima para entregárselo.

— ¿Sí?

— Sí, pues; desde muy cuanta suenan las voces.

— Y ¿por qué ninguno se atreve? — he preguntado.

— ¡Bah!... muchos han pretendido trepar la sierra. Pero a medida que subían, la música se iba, se iba; y soplaban el viento, la nevasca; y el hombre perdía el tino y la senda; y tenía que bajar derrotado.

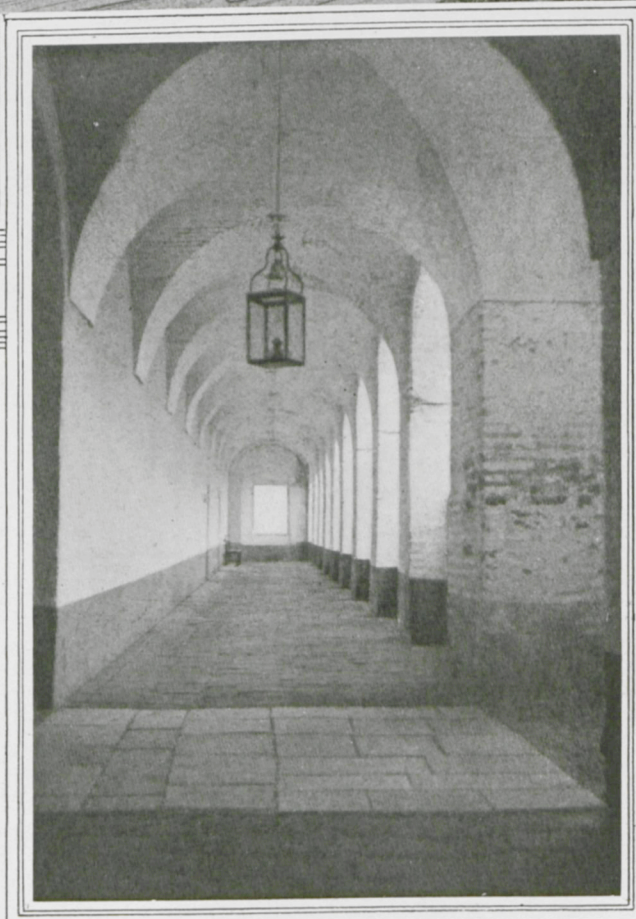
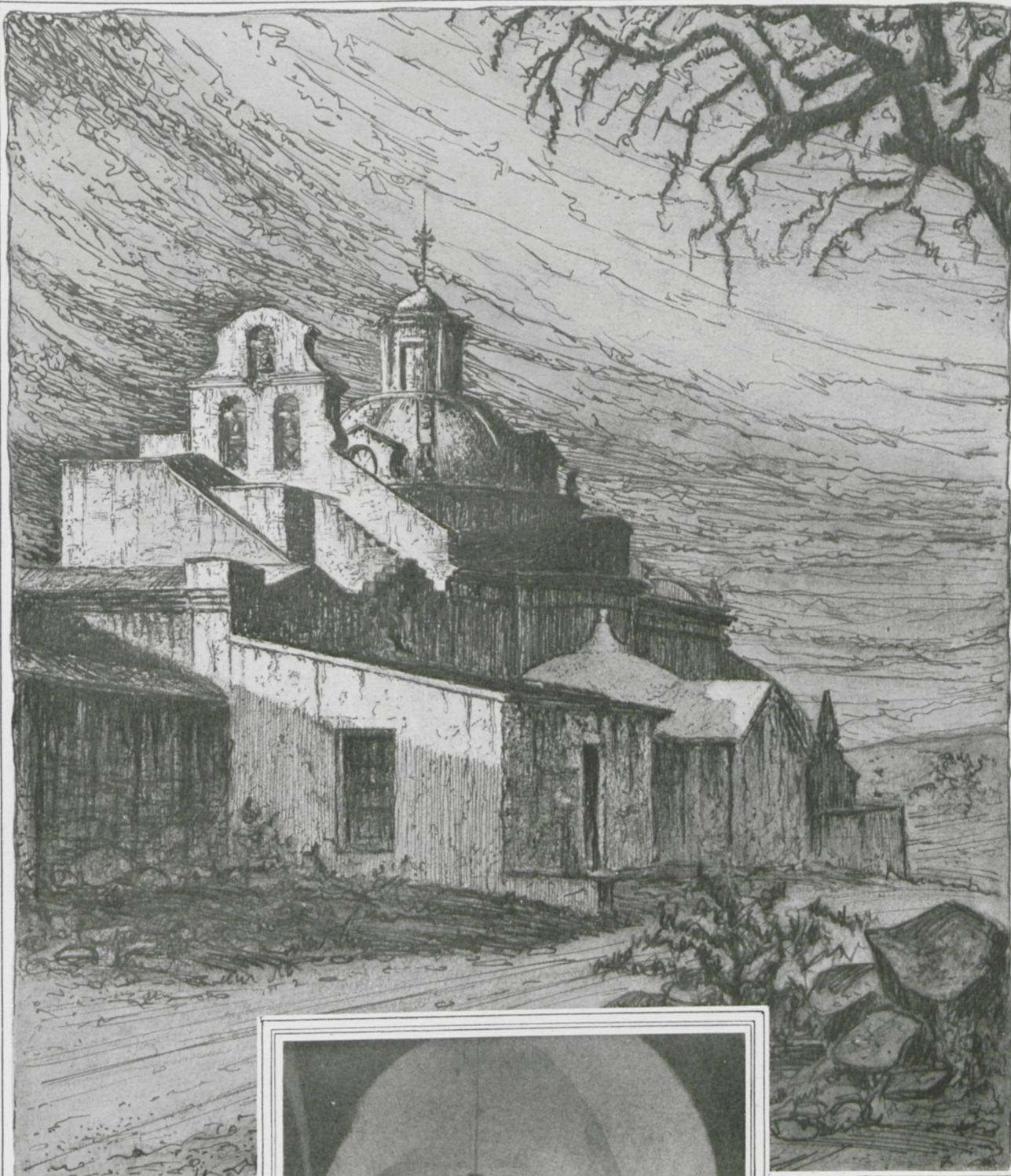
— ¿Nadie ha repetido la empresa?

— Año a año no faltan quienes vayan a buscarlo; y todos oímos la voz que nos llama pa arriba; y sabemos que día llegará que uno de nosotros encontrará el tapao (tesoro).

No he querido contrariar la creencia de los ancianos y de los mozos. ¿Para qué destrozar la mariposa de alas verdes que todas las primaveras baja de las cumbres, vuela sobre los olivares y viñedos, y deja en las almas su matiz de esperanza? Ellos, los espíritus castos y primitivos, lo creen y dejémosles con su ilusión. Yo a mi vez, aquí en la ciudad ruda y enorme sigo creyendo en la música que llama hacia lo alto a ese pueblecito dormido en la hondura del valle.

— ¡Oh artistas!, hermanos en el dolor y en el amor de la belleza: aquella música es un símbolo. ¿No la habéis oído también, en las horas de inquietud y concepción, arriba, en las cimas del arte y de la vida, donde la gloria toca su melopea de eternidad? Si ponéis sinceridad y emoción heroica en vuestra obra; si trabajáis con optimismo, estoy seguro que habréis oído la voz que invita a escalar las cumbres de la belleza. Aquí también, como en el monte de Chañarmuyo, hay un tesoro escondido.

VNA RELIQUIIA DEL SIGLO XVII.



LA
IGLESIA
Y
COLEGIO
DE
ALTA
GRACIA

Entre las construcciones del tiempo de la Colonia que se conservan actualmente en la provincia de Córdoba, figura, como una de las más importantes, el secular Colegio e Iglesia de Alta Gracia.

Llegado a este lugar de aquella provincia, y siguiendo por el camino que va hacia el poblado, se presenta a nuestra izquierda una masa arquitectónica de interesantes líneas, de formas variadas, y características en las construcciones de esa época Colonial; y a nuestra derecha el antiguo tajamar, que con el ya destruido molino, ambos contemporáneos de la mencionada construcción, fueron en su tiempo, elementos indispensables para el progreso de aquella rica y hoy extinguida colonia. El conjunto del vetusto edificio, cuya primitiva fábrica data del siglo XVII, es un exponente de la prosperidad jesuítica en aquel período; e impone a quien lo visita — a pesar de su franciscana pobreza — por el severo aspecto de su mole de ladrillo y canto que el tiempo en su trabajo de siglos ha dejado al descubierto, y el cual, al parecer arrepentido de su acción destructora, con manto verde gris de musgosa pátina va cubriendo en originales y caprichosas guirnaldas.

Próximos al pie de sus carcomidos muros, una interesante vista de conjunto nos es dado contemplar,

admirando la armonía que ofrece la sencilla composición de arquitectura que aquellos modestos alarifes de antaño nos han legado.

Al ascender unos cuantos escalones, nos hallamos en un empedrado atrio, frente al original pórtico de la Iglesia, cuya fecha de construcción — a pesar de las inscripciones esculpidas el año 1659, que se hallan colocadas en él y que podrían hacer creer que esta fuese la verdadera fecha en que se ejecutó — es del año 1762, según testimonio hecho por el Alguacil Mayor don Nicolás Guillelmo, en 1779, que copio literalmente y dice: «Hay sobre la portada de este edificio — de Alta Gracia — dos piedras de sapo labradas en cada una una pirámide, y éstas tienen esculpidas el año de 1659, las cuales piedras, se asienta, fueron sacadas de la otra portada vieja para poner en esta, que se concluyó el año de 1762...»

Penetramos en la Iglesia y nos complace el observar que no ha pasado aún por ella la mano profana de quienes pretendiendo mejorar y enriquecer con malas entendidas restauraciones estas reliquias, introducen reformas que redundan en su perjuicio, y hácenles perder el interés que tienen cuando se las observa, tal cual quedaron después de sus siglos de existencia.

Consérvanse aún en su recinto objetos valiosos de su lejana grandeza: sus tres hermosos retablos, un púlpito de madera tallada, que nos dice de la habilidad de artista que lo ejecutó, un interesante confesonario de sencilla labor y de curiosas líneas; así como la puerta de la sacristía, que con un pie de candelabro, también de madera, forman aunque reducido un apreciable conjunto artístico.

Traspuesta la puerta que une la Iglesia con la sacristía, nos hallamos en ésta, que es una sala blanca abovedada, y con escaso moblaje, que comunicando con otra más amplia une a su vez, por medio de una pequeña escalera, la Iglesia con las dependencias del antiguo Colegio, que hoy sirve de vivienda a los actuales poseedores de tan



locados perpendicularmente a éstos, tienen su vista al exterior desde un mirador formado por tres arcos de medio punto y al que, mediante una angosta y empinada escalera de piedra, se puede llegar desde el camino que separa el edificio del tamar y represa ya mencionados anteriormente; dando al interior estos aposentos sobre el claustro paralelo al paredón de la Iglesia.

Esto es lo que queda, de lo que fué en lejanos tiempos un centro importante de laboriosa actividad.

La somera descripción traza, y aun la simple visita de esta antigua construcción, no basta ni con mucho para comprender la enorme energía desplegada por quienes la ejecutaron.

Es menester, con la imaginación, retroceder varios siglos y ubicarse en aquel medio ambiente, para reconocer la impropia labor que representa el alzar una construcción de la índole de la de Alta Gracia que, a pesar de su modesta sencillez, tiene, a más del histórico, un importante y real valor constructivo y artístico, que presta grandioso relieve al monumento.

Ese medio ambiente en que se habían propuesto levantar sus construcciones los pobladores primitivos de Córdoba, les era completamente adverso, no sólo por la carencia de materiales, sino también por la falta de elementos en útiles y personal técnico, práctico para elaborar los escasos de que disponían y hacer una aplicación ventajosa de todos ellos.

Al ponernos en este lugar, no podemos menos de reconocer el tesón y energía de los que emprendieron semejante obra, cuya demostración nos es permitido admirar en las construcciones que aún la utilitaria, la vandálica piqueta demoledora no se ha atrevido a destruir...

Y nuestro espíritu sensibilizado por la mística tranquilidad de esta reliquia, interrógala para saber de la historia que sus antiguos moradores presenciaron.

CÚPULA Y CAMPANARIO VISTOS DESDE EL PATIO.

preciada y artística reliquia histórica. Rodean estas habitaciones un gran patio lamentablemente abandonado; sólo hay en él alguno que otro árbol raquítico en reemplazo del corpulento aguairibay desaparecido, y del cual a manera de muñón queda sobresaliendo de tierra un grueso trozo de su tronco hachado.

A este patio rectangular, formado dos de sus lados por el paredón de la Iglesia y la tapia que lo separa del exterior, y por las arcadas de un claustro abovedado en sus otros dos, se llega de fuera por un interesante pórtico que queda enfrente a una escalinata de dos rampas y que constituye el motivo principal del patio; esta escalera permite llegar al citado claustro y a los aposentos que dispuestos en ángulo recto dan unos, a un patio posterior y también sobre el claustro paralelo a la fachada; y los otros, co-



ESCALERA DE ACCESO AL CORO.



ESCALINATA DEL CLAUSTRO.



RETRATO D VN DESCONOCIDO.~
PROPIEDAD D Don LORENZO PELLERANO OLEO D ANTONIO MORO.



La VILAD LAS GLICINAS

Hay momentos de profundo abandono, de inexplicable anhelo en nuestra vida, momentos solitarios en que sólo nos son agradables las voces indefinidas de la naturaleza. Entonces, vale un mundo la sonrisa de una flor y se escucha como en la leyenda cantar las hierbecitas del campo.

Era una tarde casi otoñal, las últimas margaritas del campo, violetas, como un recuerdo perfumaban la hora; y en aquel camino habitual, la triste beatitud de la resignación movía nuestros pasos olvidados.

¿Por qué, la vieja quinta de las Glicinas, siempre silenciosa bajo la hiedra funeraria, cobraba aquella tarde tan singular animación? Diríase que la veía por primera vez, tal era la juventud que retozaba en sus piedras ancianas. Doraba el sol sus tejas destefiladas, sus ventanitas centenarias perpetuamente cerradas y en el viejo aljibe colonial un silencio infantil parecía mirar de hito en hito a la muerte.

Circunstancia extraña, la verja del jardín estaba abierta, hospitalaria y honda. Cuando entré en el perfumado desierto, sólo un suspiro de flores delató mi presencia. ¡Qué recinto maravilloso! Era aquel el invernáculo de la primavera. A pesar del otoño precoz, la multitud de las flores esmaltaba el jardín, como en un paisaje del Renacimiento, y en el rincón escondido, donde un amorcillo griego se abrazaba a un cordero pascual, sonreían entre los laureles, divinamente humanos, el Boticelli y el beato Angélico.

Por lógica sentimental me recosté sobre el florido césped, y mi corazón era una página blanca para la pluma azul de la fantasía.

Fué entonces que con paso de seda vi llegar a la Dama de otra Edad. ¡Dulce viejecita reclusa!, nunca olvidaré la ternura triste e insinuante de tus palabras en aquella tarde otoñal... Muchas de ellas, las más íntimas, quedarán escondidas para siempre, como esas flores de muerto que se guardan en el fondo de terciopelo de los relicarios. Otras, he de escribirlas, para consuelo de los hombres y regocijo de los románticos. Porque tú, viejecita de otra edad, me enseñaste aquella tarde la suave, incomparable poesía de las flores. Más que por libro docto, supe de su inteligencia por tu discreta plática sentimental.

—No creas en los reinos diversos, — me dijiste, — todos son uno en el seno de la naturaleza. Entre las piedras, plantas, animales y nosotros mismos, no hay otra distancia que la de un grado más en el Silencio. Cuanto a las flores, ellas son las ilusiones palpables de la tierra, su verdadera carne espiritual, porque la naturaleza, que dicen insensible, es tan humana como nosotros y sufre y ama lo mismo, pero en la inmensidad de su musical Silencio.

Y volviéndose luego, con los brazos extendidos como si quisiese con ellos abarcar todo el jardín, añadió:

— ¡Quién diría, hijo mío, que con estas flores plantadas por mi mano, he escrito el profundo poema de mi vida! Ellas son mi humanidad, mi decir verdadero, el símbolo perfumado de mi silencio. Para decirlo de una vez: la representación viviente de mi existencia interior. La única que cuenta para algo, en la sagrada balanza de los destinos. Por ellas, mi vida, de la que los hombres



no conocieron más que la vana apariencia, ha sido milagro en la soledad, perpetua sonrisa del Señor. En cada frágil tallo, muévase en el viento una querida ilusión, y por eso, a pesar del tiempo, reverdecen, año tras año, cada vez más hermosas mis lejanas primaveras... Ven, hijo mío; recorramos juntos el jardín, e iré volviendo para ti las hojas del escondido libro de mi vivir.

Las palabras de la viejecita, como el leve vapor de un surtidor versallesco, salpicaban de perlas sentimentales la tarde de oro. En un tiesto de porcelana china, un arbusto locuaz nos habló con sus mil margaritas enamoradas.

— Este arbusto, — dijo la dama, — guarda intacto el secreto de mi infancia, el sí, el no, el mucho, poquito, nada, que hubo de realizarse; pero yo nunca deshojé la margarita augural del cuento legendario, y por eso conservo todavía, como este arbusto empedernido, las mil corolas de la infancia. Mas he aquí, en la avenida de mis rosas, de mis múltiples rosas pasionarias; ellas representan en su clásica belleza todo el eterno drama de mi carne virginal. La rebeldía de lo efímero, el encanto perverso de lo fugitivo: ¡Rosa blanca!, primera palidez, del primer estremecimiento sensual... ¡Rosa té!, fiebre de mis noches alucinadas y solitarias... Rosa rosa, rubor del primer beso que pasó sin posarse... Rosa punzó, la herida carnal que se abre en el corazón y cuya sangre no dejará de correr nunca jamás... bien lo dijo el poeta:

*Oh! rose, fleur hypocrite!
fleur du silence!...*

BERNABÉ EL AMADOR



APÓLOGO FLORAL

Una agilidad imprevista prestaba su ritmo juvenil al andar de la dama, cuyos afilados dedos de marfil como subrayando sus palabras, acariciaban levemente las gráciles corolas, abrumadas de sueño. Y el perfume de las rosas era intenso como un quejido...

Bordeando un breve y modesto sendero, unas violetas de Francia disimulábanse entre la hierba.

— Son mis ilusiones cotidianas, — decía la voz hospitalaria, — las pequeñas y fieles alegrías que decoran cada momento de la vida. Su perfume inimitable es el que corresponde al íntimo pañuelo de todos los instantes, siempre sumiso al alcance de la mano. He aquí, también, en este lugar tranquilo, la ingenua afirmación del alhelí, música infantil, ritmo blanco, que siempre me recuerda un verso querido.

*Canción allégate a mí
dulce como la paloma,
envuelta en ingenuo aroma
de alhelí...*

Y la canción evocada, voló un momento por la tarde como un pájaro sorprendido.

— Veamos ahora: el nardo,

— dijo la dama, — el bastón del apóstol que lleva en la mano mi Sueño de dulzura universal. Es el dedo de la virtud heroica y sin tacha, que señala un lejano horizonte más allá de la vida. Y allí, ¡mira poeta!, tú que sabes ver, mira como baja, desde aquel techo chino, la maravillosa cascada de las campanillas azules. ¿No comprendes su divina fugacidad? Ellas te dirán mis ideas exprimidas, mis sueños imposibles, la inaccesible belleza del anhelo fugitivo, que vive sólo un momento bajo el cielo azul... Y esta matita de resedá, pequeña y triste, que brota a sus pies, es la matita de la resignación, la buena consejera que cierra cuidadosa las puertas de tu casa, para que no entre por ellas, haciendo estragos, la locura vagabunda.

La tarde agonizaba como una mariposa gigantesca, sobre el cristal de la ventanita elegida, y todas las flores desaparecían en el regazo de la noche. Un pequeño invernáculo nos interceptó el camino. Adivinando un misterio más hondo, pregunté:

— Dulce señora, ¿qué preciosa flor es la que recelan estos vidrios opacos?

— Esa — respondió la dama de antaño — es la única que no debía mostrarte; pero, qué importa, lo haré; algo me dice que tú eres digno de mi secreto.

La mano blanca empujó la puertecita empinada que se abrió en un silencio religioso. Sobre un pedestal de basalto negro, en un vaso veneciano color de laguna, una fantástica flor de lis desplegaba la ducal armonía de su traje de seda. La viejecita y la flor me sonreían desde el fondo del silencio.

— Es el secreto de mi alma, — dijo aquella. — Sí, es mi alma más verdadera, pálida y virginal. Nadie supo encontrarla sobre la tierra. Sólo la mano de Dios es digna de cortar su elevado tallo...

El suspiro de la noche estremeció el jardín y la caricia infinita del plenilunio, rozando la nevada cabeza de la dama, fué a posarse en la flor de lis, como el pájaro azul de la leyenda.

San Isidro, marzo de 1919.



El bandoleón dió las 6, la hora del aperitivo. Inmediatamente, el violín y la viola comenzaron a afinar, a templar el guitarrista, como plagian- do la «Danza macabra» de Saint Saens. Un tango lento, un tango ser- pentino empezó a enrollar y desen- rollar sus anillos melódicos.

Pedro Vidal no había visto nunca aquella orquesta típica, cosa rara en un hombre tan experto. Los cuatro músicos iban vestidos de rojo, a ma- nera de zingaros; el del bandoleón tenía perilla catalana con dos pun- tas; los otros tres estaban completa- mente rasurados y enormemente me- lenudos. Todos eran más feos que carátulas de tango, y tocaban meti-

LA AGONÍA DEL TANGO

dos en un enorme caldero tiznado.

Tampoco conocía Vidal aquel ca- baret extraño. En los muros de pie- dra oscura y viscosa había espejos verdes y decoraciones monstruosas. Del techo colgaban telas de araña enormes como redes, donde, ilumi- nando el recinto, numerosos y gran-

des bichos de luz estaban prisioneros. Las mesitas tenían manteles enluta- dos y sobre las copas oscilaban pena- chos de fuego. Negrísimos, pequeñi- nes y con rojizas libreas, los cama- reros adivinaban los gustos alcohó- licos de cada cual.

Las parejas rompieron el baile.

Parejas de esqueletos desiguales, muy blancos los más bajos, muy amari- llos los más altos, parejas de esque- letos femeninos y varoniles. Las cho- quezuelas, los fémures, las tibias, los hombros entrecocaban llevando el compás; los esternones y las costillas, al frotarse, también obedecían al rit- mo de aquella música lúgubre.

Era un tango sin piel, sin sangre, sin formas, sin miradas, sin amor, sin odio; era la radiografía del tango; era el diagrama del tango.

Pedro Vidal se entusiasmó. Bebió- se de un trago el whisky ardiente, y al levantar la copa vió que sus dedos no tenían carne. Fué hacia la luna más próxima, contemplándose sin re-



conocerse: se parecía a todos los esqueletos, se parecía a la Muerte. Mas no tuvo miedo. Al contrario: la sonrisa de sus labios descarnados, aquella sonrisa donde brillaban tres colmillos de oro, le puso alegre.

«¡Vamos a mover las tabas!» — dijo, — y salió al encuentro de un esqueletito vivaracho que en dirección de él venía.

— ¿Te quebrarás en las quebradas? — le preguntó.

— No tengo huesos de porcelana china, — le respondió el esqueletito.

— ¡Así me gustan las chinas!

— ¡Qué había sido compadre el esqueletito!

— Pichón de compadre, no más. Disculpa, vieja.

— ¿Y de qué pagos?

— De junto la Chacarita. ¿Y vos?

— Nací en Tucumán, en una refinería de azúcar.

— ¿Y el apelativo?

— Me llaman Ro... osario.

— ¡Qué fúnebre!

Y bailaron; bailaron muy bien, mejor que nadie, en silencio, gravemente, como si tuviesen músculos elásticos y firmes. El esqueletito conocía a la perfección todas las figuras complicadas del tango, y Vidal era un maestro. Así, que ambos bailaban maquinalmente pudiendo mirarse y mirar en derredor sin perder detalle. Pedro reparó en que su compañera tenía pintados de rosa los pómulos y un lunar sobre la mandíbula inferior; la coquetería es más fuerte que la muerte. Después púsose a oír la música, un tango hecho con aires de todos los tangos, con melodías conocidas, un tango donde cada nota era un espectro. En el borde del caldero-tribuna veíase el nombre de la composición: «Tango macabro». Entonces conoció a los músicos. Era la orquesta típica Mandinga, dirigida por el Enemigo en persona, la orquesta donde figuraban además Mefistófeles, Belcebú y Luzbel.

— ¿Quién sos? — preguntó Vidal a su pareja, rompiendo el silencio.

— No me conocés — dijo el esqueleto dando una carcajada lúgubre.

— No.

— Eso; nunca me conociste. Fuí para vos un juguete, una muñeca. Me engañaste tan bien que no pude odiarte. La muerte llegó antes que el aborrecimiento. Soy Rosalía.

Instantáneamente, el esqueleto se convirtió en un recuerdo vivo, es decir, hízose carne, porque no hay recuerdo sin forma. Y entre los brazos de Vidal floreció una mujer, Rosalía, Rosa. Los mismos ojos, los mismos rizos, aquella garganta redonda y robusta, aquel perfume olvidado. Pero la mirada hería en las pupilas como el doble puñal de unas tijeras, los rizos convirtiéronse en serpientes y en la garganta se dibujaron todos los músculos y las arterias del odio. El suave abrazo del baile se convirtió en un rígido abrazo de muerte. Las costillas de Pedro crujían, aplastándose, ahogando el corazón que había resucitado para morir como un pajarillo dentro de una jaula aplastada.

Despertóse atontado por el alcohol y la pesadilla. Todo despertar equivale a una resurrección.

Pedro Vidal es el tango en persona, el tango en figura humana, la estatua danzante del

tango. Pocas veces se habrán empleado mejores materiales en una obra tan mediocre. Pedro Vidal tiene un rostro enérgico de noble y puro perfil, y una planta de atleta. Su espíritu fué creado para dominar un arte y ser esclavo de una vocación. Esa hipnótica simpatía que se traduce en amores femeniles, cariños amistosos y admiraciones públicas, fluye de su alma. Es bueno, bondadoso y alegre a pesar del vicio, a pesar de los contagios, a pesar del tango.

Sus padres, después de aumentar una fortuna heredada, vinieron a la metrópoli donde se distinguen entre la sociedad rica. Don Pedro peca más de aristócrata que de demócrata; la plebe le inspira lástima y piedad por sus males y sus enfermedades, que él trata de curar mediante una caridad aséptica. Honradote, dulcemente egoísta y de mediana inteligencia, es doctor y señor al mismo tiempo, cosa bastante difícil.

Doña Estaurófila, devota sin hipocresía, tampoco se distingue por su cariño a las costumbres plebeyas. Si con algunas muchedumbres transige, es con la de tierra adentro, con las muchedumbres puebleras, que bailan el pericón nacional y convierten el tango en una danza honestísima.

Ambos, pues, ningún mal ejemplo dieron a su hijo, al hijo querido, único, esperado y mimado. Por el contrario, las aficiones de Pedrito son el tormento de los días presentes, el desengaño, su vergüenza piadosa. ¿Qué misterio psicológico encierra

esta torcida predilección del heredero?

Pedro Vidal es una clase en persona, la estatua viviente de una clase. En estos grandes ríos crecidos, la espuma, el fango, los desechos y los microbios bajan revueltos entre sí y con el agua. Nadie sabe distinguir el lodo que mancha del lodo fertilizador, la espuma limpia; nadie podrá separarlos sino el filtro casero. En el caso de Pedrito ni el filtro sirvió.

Somos pueblo; de él venimos, en él caemos muchas veces y quizás a él vayamos. El agua de las inundaciones, la lava de los volcanes, las erupciones de los terremotos y las guerras nos transforman en pueblo. Y en medio de la calma, la plebe atrae uno a uno a sus desertores. Así, desde la manolesca duquesa de Alba — el ejemplo se impone porque está en boga — hasta Pedrito, hay numerosos seres que practican una democracia picaresca y maleante.

El tango agoniza. Ya no es aquel baile mulato que llevaba en sus giros la ingenua y graciosa inspiración del arte africano. Después de revolver los bajos fondos, subió a la superficie, a las cumbres sociales y pasó el par. Fué un momento de imperalismo «parvenu», un triunfo inaudito; duró lo que duran los imperios. Fué una revolución canallesca y mansa, un Terror cosquilloso.

Ahora se ha hecho sabio, busca y rebusca originalidades, apela a todos los medios para vivir, agoniza.

Pedro Vidal, el compositor, el ejecutante, el bailarín, es uno de los médicos de cabeza. Cree todavía en que el rítmico conductor de multitudes sanará.



Aquella misma tarde Pedro comunicó a sus camaradas que ya tenía completa la idea perseguida.

Los tres compañeros de Vidal también formaban parte de la guardia vieja del tango. Entre los cuatro se habían constituido en orquesta típica, una orquesta que sólo tocaba en el interior de un departamento barato. Allí, la inspiración de Pedro era puesta en solfa, bajo la mirada pericial de Rosalía, la esqueletito de la pesadilla.

— Ya está la obra: una revista en un acto y tres cuadros. La escena principal se me ocurrió anoche dormido. Luego he proyectado las dos otras.

— Vamos a ver — dijo el del bandoleón.

— Bueno; primer cuadro. Esta joven y yo aparecemos en escena, es decir, aparecen los dos cómicos encargados de representarnos. Rosa es la mejor bailarina de tango; tiene fama mundial, todos la admiran. Pedro es un músico pobre que ha escrito unos tangos, los mejores de todos y los ha compuesto para enamorar a Rosa. En esos tangos andan mezclados muchos estilos criollos sin que nadie pueda decir que los robé. Durante toda la escena esas melodías, que forman una especie, sirven de romanza, de dúo amoroso, de terceto, etc., terminando en un baile general. Se llama: «El poder del tango», o cosa parecida; ya veremos.

El segundo cuadro es mi sueño de anoche. La escena queda a oscuras. Junto al proscenio aparece una orquesta típica vestida de diablos. Cuando empiezan a tocar salen bailando poco a poco parejas de esqueletos. Sonido de huesos. A intervalos, una luz hace visibles las cabezas. Se oye el canto de todos los bailarines. Luego, yo encuentro una pareja y me pongo a bailar. Hablando, hablando, resulta que la muchacha es Rosa. Me da bromas lúgubres; dice que está muerta y celosa, y, por fin, me abraza muy fuerte. Yo pido perdón y me ahogo. Ya le daremos carácter a esta escenita que ha de ser breve. Puede llamarse «Tango macabro», «La agonía del tango», etc.

Tercer cuadro: Nadie ha muerto. Sin embargo, Rosita llevaba parte de razón porque yo estuve a punto de olvidarla por otra. Esa otra entra en escena y vuelve a soltarme la declaración número treinta y seis. Sale a su vez Rosita y tiene un dúo de celos con la tal. Después yo, que estoy enamorado terriblemente, así se lo juro sin resultado positivo. Un tipo, que está loco por la otra, viene instigado por ella y cuando levanta la daga para matarme, Rosita se interpone y resulta herida levemente. Final de amores. Ahora bien; en toda la obra no habría una palabra hablada; pura música. ¿Eso no es una trilogía?

— Me gusta — diagnosticó el del bandoleón.

— ¿Cómo se llamará eso? — inquirió el guitarrista.

— No lo vas a escribir nunca — aseguró el de la viola.

— ¿Es verdad que me querés?

— dijo Rosita a Pedro mirándole tiernamente.



FOTOGRAFÍAS
DE
VARGAS
MACHUCA.



Eduardo
del
Saz

Nuestros pintores



Jorge Soto Acebal

En un villorrio cercano hay una quinta recostada sobre la vía férrea que tiene una estación muy burguesa a pocos metros de distancia. Se vive en ella oyendo los alaridos de las locomotoras cada tres minutos, complicados con la fatiga resoplante de los monstruos en fuga, dulces notas que prestan a las estaciones ferroviarias su melancolía habitual. Además, el vapor que producen los monstruos se infiltra entre las copas de la arboleda, asociando la memoria de Stephenson a la exquisita trabazón de las ramas y los gajos del jardín.

Es la quinta de Soto Acebal, pintor de acuarelas en las que pone los caracteres de la raza que asoma a su cara; que tiene una calle al frente, otra al fondo, otra al costado, municipalmente adoquinadas, con casas plebeyas recubiertas de letreros que pregonan drogas para la ganadería o recomiendan candidaturas para diputaciones provinciales. Por la calzada pasan incesantemente vehículos sonoros, y por las aceras viandantes de todo linaje que acuden al picnic mensual del Orfeón en el hotel legendario, cuyo nombre aviva en las almas baratas la nostalgia de precarias dichas.

El villorrio cercano donde la quinta yace, tiene todo lo indispensable para endulzar la vida de los bienaventurados que aspiran al reino de los cielos, sin que les falte el color vivaz difundido en una atmósfera trivial, el aroma de las flores que recuerdan pretenciosamente al opopónax y al trébol encarnado, y el bullicioso sosiego de los pueblecillos ingenuos que se endomingan isócronamente cada siete días.

La quinta del acuarelista es, no obstante, silenciosa y austera. No tiene leyendas escritas con matas de violetas en los bordes de las canchales, ni estatuas de los dioses po-

pulares en las obras propicias, ni bancos pintados al laqué sobre la espesura del follaje.

El jardinero no es hombre de ideas propias; si lo fuese, el pintor habría emigrado ya de su dominio.

Sola, discretamente sola, como una esmeralda sombría en un dudoso aderezo, la residencia del artista no se vincula al marco que la encuadra, ni al sentimiento perennemente veraniego de los vecinos. Sus árboles serios, como viejos que son, mantienen la indiferencia vanidosa y romántica de sus abolengos. De buena cepa, bien educados, han retenido su blasón a medida que han ido creciendo. Con la altivez de una imperecedera lozanía, que es en ellos supremacía, viven, hoy como ayer, la tranquila vida de lo definido, de lo armónicamente combinado, de lo que existe en afectuosa hermandad con el buen vivir y el buen soñar.

Hay exóticos pinos que bajan sus ramas hasta la tierra, como brazos cansados; encinas de antojadizos arabescos, eucaliptos, plátanos, y muchas, muchas flores extrañamente dibujadas, bizarramente luminosas, ilógicamente dispuestas. Entre todo, luces, sombras, misterios. Caminos sin premeditación de mirajes, en los que la línea va a perderse por su cuenta a su impreciso destino. Y si aquí cae un lampo de luz, que detona con inesperada vibración, se esconde abajo la sombra que lo justifica; detrás, una media tinta oportuna lo destaca todo íntegro; y entre los troncos y las hojas que tejen los fondos del inconstante cuadro habitual, manchas de cielo que modulan el acorde, instante por instante, con las franjas de la tarde, o con la irradiación meridiana o con la opacidad del nublado.

Como es de imaginarse, el pintor siente que en medio de aquella expansión de naturales encantos, que es regalo para



ES LA QUINTA DE
SOTO ACEBAL, PINTOR DE
ACUARELAS EN LAS QUE
PONE LOS CARACTERES DE
LA RAZA QUE ASOMA A SU
CARA.

su paleta, fuerza es identificarse con el sol y la infinita escala de sus sorpresas.

Así, el espíritu se aísla como el enamorado en la hora del tributo galante, y olvida lo prosaico de la calle, que es sendero de todos; no oye el silbato estridente, ni lo asfixia el vapor que vomitan las calderas de hierro y convierte su arboleda en un quimérico bosque, y cambia de día y de siglo para evocar lo que quiere su fantasía, más que lo que sus ojos ven; y hoy sombrío, mañana claro, su ensueño de artista se define en el vago cuarto de hora en que una flor es sólo la tinta que expresa una emoción, una nube la forma que decora una idea y un horizonte la línea que termina un romance. Y todo ello, por irrecusables mandatos del capricho de su musa amiga: la luz de la quinta del pueblecillo ingenuo y cercano.

De este modo un poco infantil y otro poco vehemente, como improvisando día por día una gloria para su uso personal, se ofrece un mundo en el que encuentra que las ilusiones juveniles — claveles, labios o auroras — se han vestido de acuerdo con el arbitrario designio de un ideal suyo.

En esta singular abstracción, mientras los que aspiran al celeste reino van a merendar al hotel de las dichas precarias, él sigue mirando por entre los troncos del jardín para pesquisar la silueta furtiva de una dama que, en llegando al punto de la cita, se detiene ante la rosa granate que complementa el decoro de la escena.

Para el pintor que ha resuelto ignorar que la pintura es también un oficio, y que los cuadros tienen un porvenir determinado, una fronda o unos ojos morenos encierran todo el secreto de una larga felicidad. ¿Hay algo más que esto cuando un previo anhelo estremece y hostiga? Sólo en el secreto está el arte; el resto es francamente pintura.

Jorge Soto pinta por satisfacer el apremio de ser feliz. Sin embargo, conociéndole bien pudiera sospecharse que

su paleta no fuera el indispensable talismán. Si no tuviese colores, pintaría en verso y leeríamos el poema de su quinta, la égloga o la pastoral, el soneto de las araucarias o el madrigal de las violetas. ¿No habrá consultado una vez al amigo ese que subsiste dentro de cada sujeto para responder a ciertos íntimos interrogatorios? ¿Y el amigo no lo habrá inducido hacia las sugerentes virtudes del color? ¿No habrán dialogado en un mediodía blanco de plata o en una tarde violácea con estrías amarillentas sobre el borde del cielo?

No pudiera dudarlo. Por sentirse mejor, pinta luminosas y poéticas acuarelas, como por cantar ante los geranios de una reja tentadora se haría trovador un caminante sentimental.

Dije que lo que Soto pinta acusa lo que la raza marca en su cara, y la verdad es que si hay lozanía en sus cuadros y puede hacerlos vibrar en una gama audaz, es porque sólo los siente bajo el impulso de lo que en él es jovialmente distintivo: su audacia, su lozanía, fuerzas del temperamento tan dominantes que fuera improbable esperarlas contenidas. Tal vez por eso mismo su mano prefiera la acuarela, que es vertiginosa; que rinde en breves momentos el vaivén de la ocasión feliz. Porque para lo que él forja bajo un cielo azul, menester es condensar el esfuerzo en los límites indefinidos de la evocación fugaz, dando luz y forma a la escena imaginaria que flota sobre lo real en el efímero transcurso de la musa. Y la escena pictórica, la perdurable, la eterna, vive interiormente, como la belleza, como el arte que la consagra, como el episodio sensitivo que anima su realización. El cua-

dro... el cuadro muere en cualquier parte: en el bosque en el arroyo, en la antesala del dentista, en el café de la Avenida, en el museo de Baltimore.

Lo que hay en Soto, como sangre y como sensibilidad, es lo que hay en su obra, por lo que el experto podrá amonestarle con el índice enhiesto, diciéndole que con aquello del temperamento de que tanto se habla, vincúlase la reflexiva meditación del que lucha para cimentar su dominio individual, que no es en definitiva sino la brega empeñosa por prestar a la inquietud de la idea, la forma pasiva de lo eterno. Y quizás tenga razón el hombre que levanta el índice, si lo hace como los abuelos cuando rifien suavemente a los nietos. Quizás tenga razón al rebelarse contra ese arte demasiado fresco y altivo, arrogante en fuerza de juventud, pregonando la omnipotencia tardía pero segura de quien somete el ímpetu de la garra al ceñido guante que acaba por conferir a la mano la ductilidad aristócrata de los extremados.

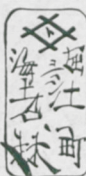
No que piense yo que lo impetuoso, lo espontáneo y hasta lo garrafal no sean valores descontables en el mercado del arte, pues que bien sé que acusa todo ello modalidades que admiro como fuerzas instintivas y sanas. Mas no podría olvidarse que toda fuerza ha menester del sometimiento para que su virtud se encauce y que en arte tal sometimiento ha de ser sin tregua y sin fin.

Cada artista es una progresión incesante; cada estado emocional implica una pristina fórmula expresiva; cada rincón de naturaleza tiene un sutil misterio que desentrañar, una esencia que cambia con la hora y con el sentimiento, como cambian las tonalidades de la quinta, a medida que va el cielo disponiendo la esencia del momento, el matiz del sitio indeciso, el aire de la glorieta o la penumbra del sendero que se incurva hacia la fronda.

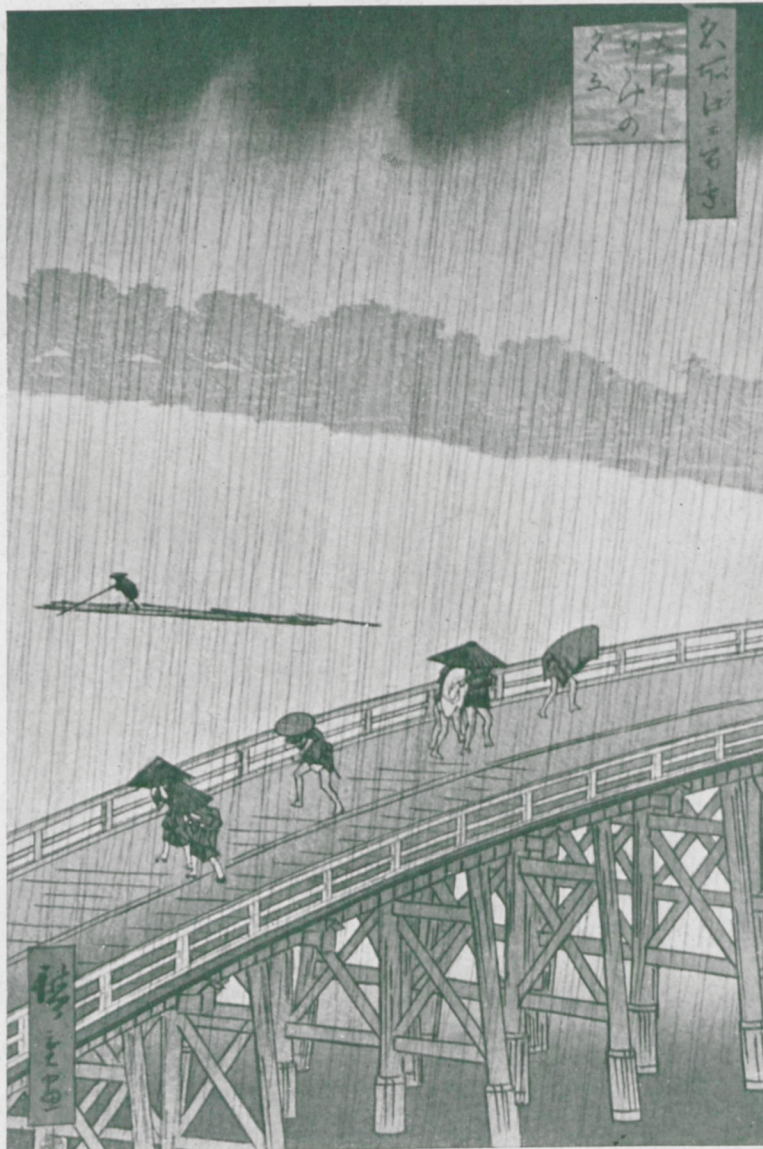
ENRIQUE PRINS.



El arte japonés en Buenos Aires



Con una importante serie de grabados antiguos, estampaciones en color, libros miniados, apuntes y kakemonos originales pintados sobre seda, el señor A. Sarcoli, profesor del Conservatorio Musical de Tokio,



«PUENTE CON LLUVIA», ORIGINAL OBRA DE HOKUSAI, EL MÁS CÉLEBRE DE LOS PAISAJISTAS JAPONESES. 1760 A 1849.

ha inaugurado recientemente en Buenos Aires una interesante exposición de arte japonés, estando representados en ella los artistas que más significación alcanzaron durante los cuatro grandes periodos de la pintura japonesa.

Aunque en la exposición hay algunas bellas reproducciones de la época primitiva, donde las deidades y símbolos religiosos presentan un marcado sello ritual, con tendencias a la inmovilidad hierática de los pintores cenobitas, lo verdaderamente notable del conjunto es la colección de grabados y estampas en color, correspondientes a los periodos sucesivos, que es cuando el arte japonés llega a su

más alto grado de perfeccionamiento, tanto en el dibujo sintético como en la técnica y variedad de los matices.

Entre los precursores y fundadores de la escuela imperial, destacan las estampas de Daishi, inventor de los caracteres silábicos y el más antiguo de los pintores satíricos del Japón. Luego vienen las obras de Gaki, de Toba Sojo, de Densu y del inimitable Kanaoka, que debe principalmente su fama al retrato del príncipe Assa, existente en el palacio de Ninwanji, cerca de Tokio.

A continuación figuran los artistas que influenciaron el arte europeo durante el siglo



xviii, cuyas obras originales se conservan en los museos orientales de Florencia, de París y de Londres. Flores miniadas, policromadas como gemas, crisantemos de un amarillo tornasol, lotos que se abren sobre la superficie muerta de los lagos, verdes y transparentes, y guindas florecidas de púrpura, con pétalos y hojas de oro.

Pasando por alto los dibujos de Okyo y Jakuchú, cuya serie de pájaros multicolores son una maravilla de estilización y elegancia, fijamos momentáneamente la atención en los pintores de figuras, tales como Sharaku, Utamaro y Suruk Harunobu, que realizaron en su tiempo la labor más completa que se conoce, en todo cuanto se refiere a retratos y costumbres niponas.

Y, por último, anotaremos los bellos paisajes de Hiroshige y Hokusai, impregnados de rara emoción decorativa. Ríos grises sin horizonte y sin orilla; cielos altos, azules, manchados a lo lejos por nubes inmóviles, de suave transparencia rosada; panoramas minúsculos con casitas y pagodas de plata; puentes negros que se inclinan sobre un agua sin fondo y sin color; tierras de blancura nevada; montañas de basalto; pájaros rojos que cruzan raudos como flechas; mares turbulentos de ondas azules y maravilloso oleaje, entre cuyas blancas espumas, surge una visión de barcas rotas y amarillos esqueletos danzantes, y esas escenas populares nocturnas alumbradas por farolillos multicolores y por la gracia y la finura de una observación sagaz, exacta, rebosante de picardía y de cariño a las costumbres tradicionales.

VÍCTOR ANDRÉS.



ESCENA DE COSTUMBRES NIPONAS, POR EL PINTOR HIROSHIGE, LLAMADO EL DE LOS CIENTO VOLCANES. 1796 A 1858





ARTES
JAPONES

ACTRIZ DE LA DINASTIA
DE LOS NAKAMURA

ACTOR DE LA DINASTIA
DE LOS ICHIKAWA

OBRAS
DEL
PINTOR JAPONES
SHYAZAKU





EL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

con PABLO DELLA COSTA
Dibujos de Huergo

Confieso con toda la dulce mansedumbre de mi carácter de buey envejecido, que soy un perfecto chambón a todo juego — desde el ta-te-tí hasta el poker — incluso las carambolas, las carreras y la lotería. El doctor Manuel Gorostiaga, que era un buen amigo mío, me acompañaba una noche de invierno, fría y lluviosa, en una interesante partida de billar, que habitualmente me ganaba, hace veinte años, en el «Club Social del Rosario», a pesar de la enorme ventaja que me concedía. El juego se hacía de esta manera: — Don Manuel apuntaba a la bola con el taco, hacía puntería y medía el efecto, y cuando iba a dar el golpe, volvía la cabeza. Erraba pocas veces. Yo jugaba derechamente, ponía mis cinco sentidos, y, efectivamente, cuando no daba pifia se me iba la carambola por la corbata.

Estábamos aquella noche finalizando la habitual partida, cuando se acercó a la mesa de billar el doctor Gabriel Carrasco, que era por aquel entonces Ministro de Hacienda de Santa Fe, y que había sido Intendente Municipal del Rosario, abogado, historiador, estadígrafo, etc.

— Don Pablo, — me dijo, — cuando usted concluya, tengo que hablar una palabra con usted.

Don Manuel, visto el pedido de mi interlocutor, apresuró la partida, que ganó en pocos tacaos más y con el último sorbo de café, bebido de pie, me puse a las órdenes del ministro. Este me llevó a un saloncito reservado del club, nos sentamos en mullidos sillones, a la luz de la lumbre, y, como quien va a revelar un secreto profundo, el ministro me dijo en voz queda:

— ¿Conoce usted la historia del descubrimiento de América?...

Al principio no supe qué contestar. Me quedé perplejo. La pregunta era curiosa. Por ver a donde iba a parar, le dije:

— Tal vez... un poco... no estoy bien seguro...

— Pues ha de saber usted que Cristóbal Colón...

— ¿Cristóbal Colón?... ¡Ah!, sí... ¿el genovés?...

— Cristóbal Colón, después de haber ofrecido a todas las naciones regalarles un mundo nuevo — apoyado en la teoría de la redondez del orbe y del equilibrio de la tierra — desoído por todas ellas, se fué a España con su idea y con sus planos, a ver si esa nación, más justiciera que las otras, prestaba atención a su proyecto y aceptaba el regalo del nuevo mundo... Visionario, peregrino, genio, llegó un día a pie al convento de la Rábida, donde expuso su pensamiento a los frailes, quienes lo tomaron por loco, excepto el padre Marchena, confesor de la reina. Este fraile convenció a la soberana que Cristóbal Colón no era loco. La reina entregó sus alhajas para armar tres carabelas, la «Niña», «La Pinta» y «La Santa María» y Colón emprendió el descubrimiento de América saliendo del Puerto de Palos de Moguer...



— Con que de Moguer, ¿eh?... ¡qué bonito!... Así siguió el Ministro de Hacienda, durante una hora, contándome, detalle por detalle, la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo. Habló de



la isla de Guanahani, de los Pinzón, de Magallanes, del segundo viaje de Colón, de su vuelta a la Corte, de su encarcelamiento y su muerte, de la conquista, de sus capitanes, amontonando los hechos, las circunstancias, los motivos, las consecuencias, el desarrollo completo del colosal acontecimiento; puntualizando, definiendo, marcando, recordan-



do fechas, documentos y todo esto dicho precipitadamente como un chorro continuo, como una válvula abierta, como un motor incansable, como una sierra sin fin, como una catarata, sin que me permitiera, siquiera una vez, intercalar un simple monosílabo en su verba terrible y avasalladora.

— Usted sabrá, me dijo en cierto momento, que la primera fundación de la ciudad de Santa Fe la hizo Sebastián Gaboto en el puerto de Sancti Spiritus.

— Ignoraba... — contesté lo más cándidamente posible.



— ¿Lo ignoraba usted?... Me alegro que usted lo ignorase... Pues bien, sí; Sebastián Gaboto fundó en Sancti Spiritus la ciudad, y más tarde, la fundó de nuevo en el lugar donde ahora se encuentra, al borde del río Santa Fe, lindando con la laguna de Guadalupe y sobre el puerto de Colastiné.

— Que sea por muchos años...

— Pero bien, continuó, en mi calidad de Ministro de Hacienda he pensado que sería patriótico levantar un monumento a la memoria de Sebastián Gaboto.

— No me opongo...

— Pero creo, — agregó — que el monumento debe levantarse en el mismo lugar donde estaba el fuerte, es decir, en la primera fundación de Santa Fe.

— No me opongo...

— Pero también, se me ha ocurrido que la manera mejor de glorificar a Sebastián Gaboto, es la siguiente: — expropiar toda la tierra donde estuvo la primera ciudad, hacer en ella una gran escuela normal agrícola santafesina y colocar en el centro el monumento que he pensado debe hacerse a Gaboto.

— No me opongo... pero no veo que yo tenga nada que ver con su proyecto...

— ¡Cómo no, mi amigo, cómo no!... Usted es director del diario *El Orden*, que es amigo del gobierno. Su diario es muy apreciado y muy respetado...

— Gracias...

— Entonces, le pido a usted, que haga en su diario toda una campaña en pro de mi pensamiento, pero una campaña seria, científica, histórica, de manera que convenza no sólo al pueblo, sino a la legislatura, que debe votar la escuela, la expropiación y el monumento...

— Me opongo... Me opongo terminantemente, terriblemente...

— ¿Por qué se opone?... ¿No es usted amigo del gobierno?... ¿No le parece buena la idea?... ¿No cree que sea un acto de verdadera justicia póstuma honrar a Gaboto?... ¿No piensa usted en la gloria de Colón y de sus prosecutors?... ¿No se siente usted inflamado de veneración por esos intrépidos conquistadores, por esos civilizadores del Nuevo Mundo?...

Lo pensé un minuto. Después, apoyando la barba en la palma de la mano, le dije lentamente:

— Vea, mi querido ministro; si usted ha tenido necesidad de ilustrarme contándome la historia de Cristóbal Colón, que yo ignoraba en absoluto, ¿cómo puedo conocer la vida, las hazañas y los méritos de Sebastián Gaboto, que por ser una figura borrosa al lado del genio genovés, solamente los grandes investigadores como usted pueden conocerla?

El ministro se dió cuenta de la puñalada. Había estado excesivo en su curso de historia. Por eso no presentó nunca su proyecto de Escuela Agrícola y de monumento a Sebastián Gaboto en las tierras del fuerte de Sancti Spiritus...





Gustárame haber nacido
en el siglo diez y seis,
y justar en campo abierto
con indómita altivez

por mi Dios y por mi dama
por mi patria y por mi rey.

Bien cubierto con celada,
con escudo y con broquel,
descabalgarme y dejarle
mi alazán al capiller,
y en la ermita dó se reza
penetrar noble y cortés,
pidiéndole al cielo bríos
para ir al redondel;
y entre rezos y promesas
jurar que batallaré,

por mi Dios y por mi dama
por mi patria y por mi rey.

Si se corre la morisma
con arrojo o sordidez,

y hace riza en los poblados
sin dar treguas ni cuartel;
con mi peto y espaldar
para bien me precaver,
afirmado en mi alazán
con mi mote en el arnés
a la lid lanzarme bravo,
con arrojo acometer

por mi Dios y por mi dama
por mi patria y por mi rey.

Si a quien ciñe áurea corona
le insultara algún raez,
y quisiera abasallarle
olvidando que es mi rey,
a la justa descendiera
con coraje y altivez,
y al follón desafiara
y tendiérale a mis pies,

murmurando como rezo
entre fiero brabonel:

por mi Dios y por mi dama
por mi patria y por mi rey.

Si a la dama que es la dueña
de mi vida y de mi ser,
y ante quien me rindo amante
humildísimo a sus pies,
infanzón o caballero
se atreviera a displacer,
con la punta de mi lanza
caballero en mi corcel,
le obligara que a sus plantas
se postrara muy cortés,
que no en balde reza el mote
de mi escudo y de mi arnés:

por mi Dios y por mi dama
por mi patria y por mi rey.

¡Y así hablara si naciera
en el siglo diez y seis!

ARIANA

DIONYSOS



El viento era propicio, y la galera oscura
Con ágil movimiento rasgó la glauca hondura.
Véspero, en el espacio, como limpio diamante
Fulgía, y en las olas su estela rutilante
Desplegaba una cinta de pálidos zafiros
Que, al ondular, temblaban en caprichosos giros.

Ariana se ha dormido en la fatal ribera
De Naxos... Es de oro y luz su cabellera;
Muestra el desnudo torso con grácil desaliño;
Parece hecha de nácar, de rosas y de armiño;
La sombra misma envuélvela en diáfano esplendor;
Su desnudez es casta como la de una flor.

LA SIRENAS

¡Despierta, hija divina de Pasífae, despierta!
Sobre la mar sonora y en la playa desierta
Desata sus cendales de fuego la mañana;
De la celeste cuádriga flota la crin de grana
Y en las más altas rocas ceñidas por la espuma
Oprimen nuestros labios la planta azul de bruma...
¡Despierta, Ariana, es hora!

ARIANA INCORPORÁNDOSE

¿Quién gime, canta o llora?
¿Del fondo de la noche, quién empuja la aurora
Con sus corceles rápidos y ardientes como el día?
¿Quién en mis sueños vierte su frase de armonía?
¿Sois, acaso, las Syrtis fatales a Odiseo?
¿Fantasmas engañosos que forja mi deseo?
¿O las brisas errantes murmuran en mi oído
Sus risas perfumadas? ¿Qué sois, Afán?... ¿Olvido?...

LA SIRENAS ENVUELTAS EN LA BRUMA MATINAL

¡Hija del Sol! Te hablamos nosotras tus hermanas.
Surgidas de la onda, venimos de lejanas
Riberas, donde cae la sombra como un velo
Y donde se amortaja de niebla gris el cielo...
De allá, de la postrera Thulé desconocida,
Donde moran los Ciclopes en horrenda guarida,
Venimos en el lomo de curvos hipocampos
Y sobre el mar dejamos regueros como lampos
De púrpura y de ópalo... Audaces los Tritones
Persigüennos con furia de encelados bridones;
Pero su abrazo es bárbaro, brutal es su caricia:
Muerde el Tritón, si besa; y estruja si acaricia...
Por eso, entre las rocas de Naxos ignorada
Plegamos, como cisnes, la aleta fatigada...

ARIANA

¡Una galera extraña con las velas sombrías
No habéis, en vuestra ruta, cruzado hermanas mías?

LA SIRENAS

Una galera rauda, tendida el ancha vela,
Hendió las glaucas ondas, dejando una alba estela;
Los marineros iban cantando hacia el Egeo...



ARIANA CON DOLOR

¡Hermanas!... ¡Es la nave traidora de Teseo!...
Como la flecha artera me hirió su engaño impuro,
Y en plena primavera voy al Hadés obscuro...

LA SIRENAS

¡Oh frágil asfodelo que el huracán deshoja
Y el inefable llanto del crepúsculo moja!

ARIANA

Partí soñando un mundo de amor y de belleza,
Y circundada en flores mi juvenil cabeza
Flotaban mis cabellos al soplo de la brisa,
Del mar inmenso y calmo sobre la azul sonrisa.
El héroe (¡oh falaz sueño!) amante iba a mi lado,
Con la caliente sangre del monstruo aun salpicado,
Volcando en mis oídos promesas de fortuna:
Y con nupciales velos nos envolvió la luna...
Así se consumaron mis bodas de un instante
Sobre el dormido piélago, donde el alcyón errante
Su grito agudo lanza sobre las crespas olas.
¡Y desperté de Naxos en las riberas solas!
¡Decidme qué infortunio es comparable al mío!
¡Soy débil flor tronchada por venial bravío!
¡Soy como alondra herida al remontar el vuelo
Sedienta de esperanza, de luz, ámbito y cielo!

¡Adiós nativas playas! ¡Adiós cielos de Creta!
¡Adiós monte lejano bañado en luz violeta!
¡Adiós hogar, ternuras, sonrisas de la infancia
Que abandoné, perdidos en la brumal distancia!
¡Todo se hundió en las sombras o naufragó en la noche!

LA SIRENAS

¡Flor pálida, que al cierzo hiemal inclina el broche!
¡Oh lamentable esposa! ¡Oh Ariana infortunada!

ARIANA CON FUROR

Ni lágrimas os pido, ni quejas, ni canciones.
Quiero las aceradas zarpas de los leones,
Las cóleras del monstruo, los afilados dientes
De los hircanos tigres, la hiel de las serpientes,
El trueno con que Bóreas redobla sus timbales,
Para olvidar mis ansias, para vengar mis males...
¡Teseo! que mi sombra se junte en el Estigia
Con tu pérfida sombra! ¡Los ábregos de Frigia
Rasguen o despedacen tus velas voladoras,
Y que la triple Hécate nuble su faz si lloras!...

CAE DESVANECIDA

De súbito en la playa retumban cien clarines
Hiriendo, como flechas de bronce, los confines...
Su clamoroso grito prolongan las Bacantes;
De címbalos y tímpanos los ecos resonantes
Se mezclan a las flautas y al evohé sonoro
En cristalino vértigo de cláusulas de oro.

Blanco tropel de Ninfas cruza sembrando rosas;
Arden en áureos tripodes las mirras olorosas,
Los índicos perfumes, las esencias de Tracia,
Las gomas de las Islas, el sándalo del Asia...
Y Bakos, desceñida la flava cabellera,
Avanza en carro ebúrneo, que arrastra ágil pantera.

LOS CORIBANTES PRECEDIENDO EL CORTEJO

¡Únanse en lírica pauta
Tímpano, címbalo y flauta!
¡Lance el sistro su parlara
Agridulce y fugaz risa
Y ondule la bayadera
Como el junco al impulso de la brisa!

¡Con sangre de vides los cráteres llenen!
¡El pífono agudo levante su voz!
¡Los cróalos huecos al aire resuenen
Y dancen las Ninfas y Faunos en ronda veloz!



LAS BACANTES * AGITANDO TIRSO * Y DESHOJANDO FLORES

¡Valles, florestas y vientos
Desatad hondos acentos!
¡De Naxos las playas solas
Besen, mar azul, tus olas!
¡Vuestras urnas ignoradas
Abandonad, hamadriadas!
¡Sátiros, Ninfas, Silvanos
Danzad, cogidas las manos,
Para la ronda nupcial
De la misteriosa Virgen y Dionysos inmortal!

DIONYSOS * DESCENDIENDO DE SU CARRO * Y DIRIGIENDOSE A ARIANA

¡Del fondo de las indias regiones,
Atravesando selvas y domando leones,
Por mandato de arcana profecía
Vengo hacia ti, soñada Esposa mía!
Ni hostiles antros, ni hórridos tropeles
De monstruos, detuvieron mis bajeles,
Pues marchaba hacia Ti — y aquí me tienes
Ceñida la corona nupcial sobre mis sienes.

ARIANA * CON PASION

¡Oh música suprema! ¡Celeste melodía!
¡Cual inunda la trémula alma mía
De tu voz el incienso resonante!
¡Cómo en Ti, se refugia palpitante
Mi ilusión, como el ave perseguida!
¡Soy tu esclava de Amor! ¡Tuya es mi Vida!

DIONYSOS * CON TERNURA

Como el pájaro azul de la leyenda
Tu arrullo diste al dios, cual una ofrenda;
Y tu arrullo fué luz, y se hizo llama,
Y la llama fué Estrella que se inflama,
Y la estrella formó constelaciones...
¡Así crecen, Ariana, mis pasiones!

ARIANA * EXTENDIENDO LOS BRAZOS HACIA DIONYSOS

Quisiera para el dios, ser un perfume
De mirra, que en la hoguera se consume;
Y ser ola que asciende; y ser el canto
De un astro; y de la Aurora el puro llanto!

DIONYSOS * CON PROFUNDA TERNURA

Blanco loto de ensueño presentido:
¡Ruiseñores del Ganges he traído
Y las gemas extrañas del Oriente
Para embriagar tu oído
Y circundar tu frente!

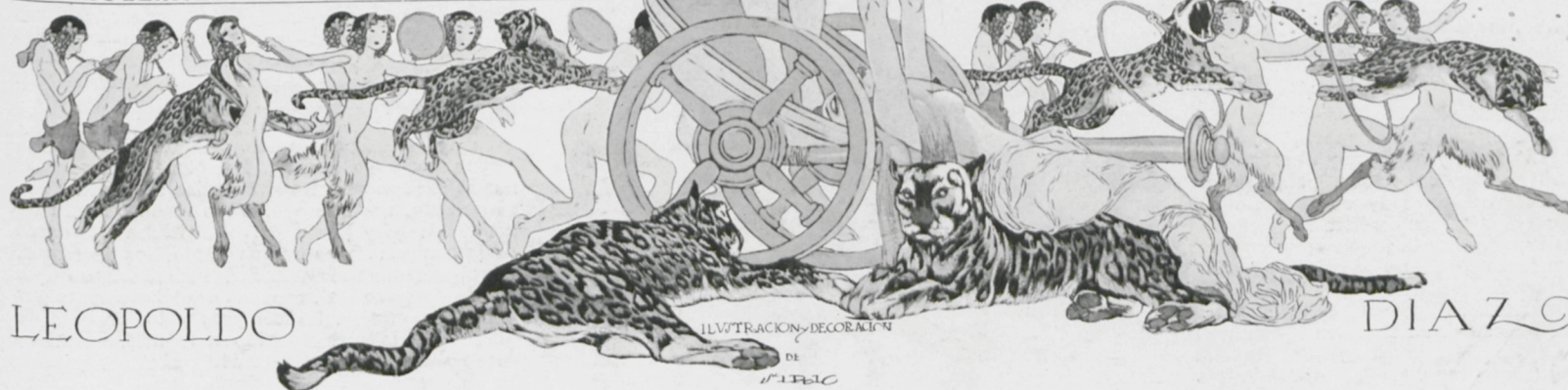
ARIANA * CON PROFUNDA TERNURA

Mi fe, — claro diamante, —
Mi juventud y mi ternura ofrendo
Al vencedor del Indus arrogante,
Por quien la mirra del amor enciende.

DIONYSOS * DIRIGIENDOSE HACIA EL MAR

¡Apolo, que sumerges allá en el mar distante
Tu carro de oro, a'umbra los ojos de la amante!
¡Cíñe en el halo fúlgido de tu heroico destello
La perfumada selva de su blondito cabello!

ARIANA * MIENTRAS CANTA FRENTE AL MAR VA DESHOJANDO UNA GUIRNALDA DE ROSAS



LEOPOLDO

ILUSTRACION DECORATIVA

DE DIAZ

INVOCACION * A * AFRODITA

Hija de las espumas y de las glaucas ondas,
Nacida en el misterio de la mar infinita,
Enséñame el encanto de tus caricias hondas...
¡Protégeme, Afrodita!

En tu viviente y límpida llanura de esmeralda,
Como el alcyón la ofrenda del canto deposita,
De virginales rosas deshojo mi guirnalda...
¡Protégeme, Afrodita!

Haz que en mi seno el héroe recline la cabeza;
Haz que mi beso encienda la llama en que palpita;
Pon en mi amor el fuego de tu triunfal belleza...
¡Protégeme, Afrodita!

DIONYSOS * ACERCANDOSE A ARIANA

¡Myrtos! ¡Deshojad myrtos!... ¡Ornad de lirio y rosa
La cabellera magna de la Esposa!

ARIANA

¡Ceñid frescos laureles y pámpano flexible
En la sien fulgurante del Esposo Invencible!

DIONYSOS

¡Corra la savia ardiente de la Vida
A henchir el corazón del Universo!
¡Y palpiten en mi alma estremecida
Tu beso, Ariana, y la embriaguez del Verso!

ARIANA * ARROJANDOSE EN LOS BRAZOS DEL DIOS

¡Auras, pájaros, luz, selvas, perfumes!
Hoguera inmaterial que me consumes
En ímpetus de amor:
¡Haced que me deshoje entre sus brazos
Como un arbusto en flor!

DIONYSOS * Y ARIANA * AL MISMO TIEMPO

Véspers en el azur abre su broche
Como una flor sagrada.
¡Y será nuestro tálamo la Noche
De estrellas coronada!

SE * ALEJAN * LENTAMENTE

LA SIRENAS

¡Hija del Sol! ¡Ariana! ¡Los dioses te han oído!...
¡En Naxos, los boscajes de nuevo han florecido!
A Ti, la cristalina canción de las fontanas;
A Ti, el beso del Aura en las frondas lejanas;
¡A Ti, el rumor polifono del mar meditabundo
Y el estremecimiento de amor que agita el Mundo!

LA BACANTE

¡De los hinchados odres corra la sangre hirviente!

LA SIRENAS

¡Oh, Mar! ¡Alcen tus olas epitalamio ardiente!

SILVANO * MENADES * Y NINEAS

¡Hija de Pasifae!... ¡Hijo de Semelé!...
¡Oh Himenél! ¡Oh Himenél! ¡Evohé, Evohé, Evohé!...

EL SUAVE CREPUSCULO DE SCIENDE COMO UN

VELO SOBRE EL DILATADO MAR AZUL MIENTRAS SE APAGAN EN EL ESPACIO LAS ULTIMAS NOTAS DEL CORO

DIAZ

Moderno Watteau

I

Es la hora azul. En el parque y en el bosque hay ya rincones vestidos de penumbra. Las pérgolas, las glorietas y las enredaderas se envuelven de misterio; los árboles se despojan de su forma y su color para ser sólo siluetas, azules, violáceas; y en el Rosedal, una muy fina gasa de rocío, cubre los senderos y llora sobre las flores. Se encienden luces al par que estrellas. En el espejo del lago de cristal, coquetas se miran las hortensias y las dalias, adornadas de túnicas violetas...

El parque se anima; llega la hora de la fiesta cotidiana. De lejanías viene el rumor de un suntuoso desfile que se acerca. En el camino, suena sonoro el trotar de los potros de Inglaterra; tocan las bocinas, llegan los autos y cruzan vibrando de energía; las cabalgatas no tardan en seguirlos y van llegando más autos y más coches, y poco a poco el camino, antes tranquilo es un enjambre de brillantes atalajes. La ciudad cercana vuelca sobre el parque un interminable y ruidoso borbotón de lujosas caravanas.

El paseo de los rosales y los tilos enciende sus luces encantadas, y las primeras princesitas del «chico» van apareciendo en la luminosidad de sus galas blancas y pálidas. Detienen los autos junto a la calzada; los paseantes se multiplican, recorren todo lo largo del camino, pasan y vuelven y comienza el desfile. Van los solitarios, las parejas amorosas y las bandadas alegres de las damitas de marfil y rosa. Bajo la sombra de los árboles, en los bancos y en el «parterre», se adivinan grupos elegantes. Hay deliciosas mujercitas de siluetas lánguidas y perezosas; hay ingenuas «poupées» delgaditas como chiquillos, hay, disfrazadas de finezas muy «nonchalantes», dominadoras exquisitas y hay esclavos de monocle y trajes entallados.

De los bancos se levantan parejas admirables. Con gestos tardíos y cansados, con una «allure» de elegancias sin sospecharlo, sin esfuerzo, sin brío, vanse caminando y se mezclan en los grupos de las damas de negras «aigrettes» y las princesitas casi niñas.

Se acercan silenciosos más autos; los lacayos «muy puestos» abren las portezuelas, y ágiles y blandas y decididas, entre tules suaves y diáfanos gases, como apariciones primaverales, entre risas y entre flores, saltan fuera las muñequitas de la «haute».

Otros autos brillantes y majestuosos, vienen en busca de sus dueños. El «japonés», muy en su uniforme y sus cordones, desciende con «Wotan», el «policia» mimado y espera a su dueña que se acerca y sube. Va muy elegante, con elegancia muy «boy», lleva gruesa sombrilla bajo el brazo y su traje de «museline de soie», «tres légère», es una brisa apenas, de sedas y de encajes. Bajo el sombrero de paja, brillan unos ojos de mar sombreados de misterio, asoman las puntitas de unos finos y enroscados bucles de oro, y toda ella está en la armonía de un «maquillage» perfecto en suavidades. Y parte el auto; un elegante, delgado y pálido, le mira alejarse y en el aire queda un perfume de «Stik», de «Rosa d'Orsay», entre el humo de un «Kedive».

Y siguen pasando deliciosas mujercitas, finas y delicadas como el alba de sus túnicas, y hombres elegantes, con una elegancia seria, muy «souple», muy inglesa; y al pasar y al cruzarse dejan todos ellos gestos de nobleza, palabras de ingenio y frases galantes. Hay aristocracia en los movimientos y en los espíritus.

Cruje apenas la arena bajo los finos piecitos que parecen posarse con timidez, y las siluetas de vaporosas telas no se anuncian con un «frou-frou»; se adivinan, se sueñan, se las siente llegar, en el débil taconeo, en el suave rumor de los pliegues de seda...

Junto al lago, en la glorieta de Diana Cazado-



ra, bajo las madreselvas y los jazmines, charlan y rien las parejas juveniles.

Y nace la luna y las princesitas encantadas vestidas de nieve y Diana de mármol y el plumaje esponjoso de los cisnes y las manos largas y pálidas y los jazmines y los cuellos y los brazos de nácar y marfil; todo se tiñe de malva y azul, en una armonía generosa que todo lo envuelve, que todo lo vela y lo hace hermoso.

Van pasando otra vez las bandadas blancas y las siluetas ágiles y vaporosas; de lejos parecen vestales que danzan y corren... Vuelve el desfile interminable; se oye el rodar de los coches y el trote animoso de los caballos; vibran de nuevo los motores enérgicos y la caravana se retira ruidosa y elegante, llevándose a las princesitas deliciosas y pálidas. Muy pronto no es sino un murmullo lejano.

Se apagan algunas luces, se encienden más estrellas. La luna ha remontado en su camino de luz y el parque se abandona en amorosa quietud. Los cisnes majestuosos nadan silenciosamente entre hilos de plata; nada se oye, ya todo duerme. Y de repente suena un grito, intenso, audaz, brío, un grito fino y punzante como flecha lanzada en la noche... y es que en la glorieta de Diana, aristocráticamente hermoso, un pavo real, abriendo su cola, ha saludado a la luna.

II

Es la hora azul. En el parque y en el bosque hay ya rincones vestidos de penumbra. Los senderos, las glorietas, las pérgolas y los macizos de hortensias y de rosas se cubren de humedad en largos y rasantes jirones de tules blancos... Son los sitios y lugares que ya conocemos. El mismo paseo de los rosales y los tilos. Un poco más



Jorge Polo Acebal
ILUSTRACIONES
DE PELAEZ

viejos los rosales, sus troncos más nudosos, más retorcidos y un poco más corpulentos los tilos, los plátanos y los jacarandás. La misma escena, sólo han cambiado los actores.

Pero es ya tarde; la animación decae. La multitud levanta sus campamentos improvisados, sus tiendas de «pic-nic», los toldillos multicolores; recoge sus meriendas, vacía sobre el césped los restos de las canastas y reuniendo a los dispersos y llamando a los chiquillos que corren todavía, se van, se pierden por los caminos, cantando y riendo. El rumor del enjambre disminuye, se aleja; pero grupos cercanos, aun huelgan y prosiguen la fiesta. En los «parterres», bajo los tilos y los castaños, hay hombres y mujeres que echados sobre el suelo, rien y cantan. Suenan los acordeones, tañen las guitarras y hay parejas que bailan, entre chillidos y risotadas... Apenas si se percibe la voz de los troveros que cantan y que tocan. Aumenta la algazara; en grupos más cercanos, es mayor el vocerío, más continuas las carcajadas; nadie se oye, hay discusiones ruidosas donde las expresiones groseras ganan brillantes victorias y hay vulgares desplantas y voceros enronquecidos. Bajo los eucaliptus, la reunión es numerosa y atrae a los dispersos; el público se multiplica, negra se ensancha la muchedumbre y se es-

trujan, se aprietan, brotan insultos e interjecciones. Un orador de voz robusta y enérgico ademán arenga a la gente, y pone en sus palabras sentencias sin piedad... Los proletarios gritan entusiasmados y hay resoplos de alegría, aplausos ruidosos y «vivas» y «muera», que lejanías recoge el eco del bosque. Concluye su peroración el «avanzado» y la plebe se desparrama por los caminos y por el césped... Los chiquillos corren, se esconden tras los rosales y las madres que los buscan, los persiguen por entre las flores, pisoteándolas y llevándose al pasar prendidas en sus faldas los gajos más generosos.

Saltan los corchos, aun quedan botellas. El orador remoja su garganta, escupe y bebe y brinda por sus «compañeros»; todos rien y aplauden, gritan y cantan; los acordeones, entonces, arremeten furiosos, entonan la «marcha triunfal», que el parque entero corea...

Y nace la luna; la luz de plata teje un encaje primoroso tras los castaños y los tilos. Los últimos grupos se levantan para marcharse. Cargan las mujeres con sus chiquillos y sus canastos, los hombres con sus ideas y sus botellas, se reúnen las familias, se despiden los grupos y el vocerío se apaga, se aleja...

Aun pasan rezagados entre gritos destemplados y agrios, arrancan flores al pasar y adornan con ellas sus sombreros y sus guitarras.

De la glorieta de Diana parten los últimos. Por entre las enredaderas de madreselvas y jazmines, la luna ilumina el lugar. Hay por la arena, sobre el césped y los arrayanes, papeles y trapos sucios, cáscaras y naranjas pisoteadas y botellas y flores. Diana cubre su cabeza con un sombrero de periódico y sobre los bancos de mármol hay cajas desvencijadas, rotas canastas en cuyas heridas se tiñen de rojo los jazmines caídos. Charcos de vino y de lodo, se extienden y chorrean por los escalones del lago... En el aire queda un vaho de humedad, de frutas, de «Toscános» y «Cavoures», de vinagre, de taberna...

Se apagan algunas luces, se encienden más estrellas. Ya todo duerme. Los cisnes majestuosos nadan silenciosamente entre hilos de plata. Todo es quietud, nada se oye. Y de repente suena un gemido largo y punzante como flecha que cruza en la noche... y es que en la glorieta de Diana, aristocráticamente hermoso, más hermoso que nunca, un pavo real, pasando desdeñosamente por entre los papeles, las cáscaras y los charcos de vino y de lodo, ha subido a lo alto, lanzando desde allí su grito de desilusión, y abriendo su cola, ha saludado a la luna.

La provincianita sentimental

PORE

JOMER B. VILLA

ILUSTRACION DE
ZAVATTARO

Murió Ana María con las últimas violetas, cuando la primavera empezaba a insinuarse levemente vistiendo a los árboles de follaje y a las plantas de flores, allá en la tranquila, pequeña y antigua ciudad provinciana, envuelta en un silencio de claustró y en una paz labriega.

Murió Ana María atacada por un mal, desconocido para las sencillas gentes de la ciudad. Alguna persona dijo que le habían hecho *daño*. Y ni la madre con la experiencia de la edad y el natural interés de madre, ni la vieja criada con su astucia y perspicacia ingénitas de criolla, ni el bonachón médico del pueblo con sus elementales conocimientos de su ciencia, lograron encontrar el origen de la extraña enfermedad de la niña.

Sólo Ana María sabía la causa de su mal. El había empezado poco tiempo después de conocer a Arturo, un arrogante oficial de caballería, todo bigote y esbeltez, de facciones afeminadas aunque agradables; maestro en el arte de la seducción, tenaz cuando ponía en práctica sus variados recursos para conquistar a las mujeres y exigente hasta la terquedad cuando la rendición de la «plaza asediada» le convertía en vencedor.

Vió a Ana María en la modesta plaza de la ciudad, en una tarde maravillosamente hermosa de abril; gustóle el garbo, fineza y hermosura de la niña y creyó adivinar en los negriscos y húmedos ojos de mirada vaga y melancólica, una naturaleza sensible y un alma ingenua y buena, dulce y poética — tranquila como la azulada y tersa superficie de un lago — aún no surcada por el oleaje violento que produce la tempestad de las pasiones.

Y la candorosa niña que como capullo de blanca rosa abriase a la vida, criada con la sencilla severidad de las costumbres lugareñas, desconocedora de los fingimientos y mentiras, como la tímida mariposa de vistosas alas que cae abrasada en la llama de una bujía, cayó ofuscada por el resplandor intenso de dos lámparas traidoras: los azules ojos del teniente.

Y desde entonces, el apuesto militar y la cándida niña vieron de noche, secretamente, en el jardín de la antigua casa de arquitectura colonial — construida por los antepasados de Ana María — bajo los naranjos en flor cuyos sutiles perfumes embalsamaban el ambiente con un vaho enervador y voluptuoso que incitaba a olvidar las amarguras de la vida, a perdonar los agravios, a ser bueno, a pensar, a amar mucho...

Las citas ocultas sucedieron noche a noche por espacio de un mes.

Ana María, del brazo de su amado y reclinando en uno de los hombros del teniente su adorable cabecita llena de ideas románticas, cuando todo era silencio en la vetusta casa, paseábase lentamente bajo los naranjos, embriagándose con el penetrante aroma de sus flores; invadida por una extraña laxitud, con los ojos cerrados dulcemente y la carmínea boquita entreabierta como para aspirar ávidamente el aire cual si temiera que fuera a faltarle de improviso; sumida en un estado nirvánico, con los sentidos insensibilizados por una especie de sopor...

Durante estos paseos nocturnos, la jovencita experimentaba crisis agudas de sentimentalismo. Como una desesperada, abandonando su estado de inconsciencia, estrechaba a Arturo fuertemente con sus delgados y bien torneados brazos. Y entonces Ana María lloraba, sin saber por qué, con un desconsolamiento inmenso, sollozando frases sin sentido pero impregnadas de amor...



Quizás vislumbraba un futuro nebuloso para ella o para su novio; tal vez presentía que la aguardaba un cúmulo de desgracias y contrariedades en los días venideros.

Indudablemente, por eso lloraba la provincianita toda idealidad y pasión.

La racha glacial y furiosa de la Fatalidad arrastró lejos, muy lejos, diluyéndolas en la atmósfera de lo irrealizable, una multitud de ilusiones doradas alimentadas por el suave calor de un alma soñadora y bella, delicada como una sensitiva.

Arturo marchó de la ciudad serrana, sin experimentar dolor alguno al separarse para siempre de Ana María. Su idilio había sido uno de los tantos que gustó en su vida, que empezaron y terminaron sin saber cómo y sin dejar la más leve huella en su espíritu de hombre materialista. Y fué de la ciudad despreocupado y alegre como siempre, atizando hasta el último momento el fuego de las ilusiones de la niña con promesas fingidas y falsos juramentos.

Ana María pretextó ante su madre urgente necesidad de salir y fué a despedirlo a la estación.

Y cuando el tren se perdió en la lejanía de la llanura, la jovencita sintió un vacío inmenso dentro de sí; un vacío insondable que fué llenando poco a poco con ideas tristes y presentimientos fúnebres...

Y así pasaron varios meses en el vertiginoso rodar del tiempo...

La ingenua provincianita sufría doblemente porque sufría en silencio; el dolor compartido no nos parece tan acerbo.

Ana María no tuvo noticias de Arturo, aunque buscó todos los medios para obtenerlas.

Una mañana el correo trájole una carta que abrió y leyó con ansiedad profunda. Era de Arturo y le comunicaba lacónicamente su casamiento... con otra mujer...

Fué el golpe de muerte asestado en el corazón de la pobre niña. Sufrió mucho, como sufren las almas delicadas cuando se las hiere brutalmente, y lloró en silencio y ocultamente su tremenda desventura... Paseó en las tardes tristes y serenas del invierno montañés por el jardín de los naranjos, y rememoró los instantes de la felicidad ya muerta.

El jardín ya no era el mismo: los naranjos es-

taban mustios como si sufrieran una gran sequía, las plantas tristes, marchitas; una alfombra de hojas amarillentas y resacas cubría el suelo crujendo suavemente cuando la niña las hollaba con sus diminutos pies...

Desde entonces Ana María empezó a adelgazar a ojos vistas, rápidamente, fatalmente... Los oscuros ojos perdieron el brillo intenso de los días pretéritos; el color rosado de la juventud esfumóse para siempre de sus pómulos; los labios, en un tiempo exquisitamente modelados y sonrientes, plegábanse ahora en un gesto de amargura, de desencanto, de profundo desaliento...

Ana María fué consumiendo poco a poco... Y llegó un día en que no pudo abandonar el lecho; tal era su debilidad y decaimiento físico.

Desde entonces pasó la vida en un sillón esperando resignadamente la muerte... Los días se deslizaron en lenta sucesión de horas monótonas, sin objeto determinado, sin alicientes gratos, sin esperanzas fundadas, sin ambiciones definidas... Vivía únicamente su vida pasada...

El mismo sufrimiento dióle un estoicismo sobrenatural. La mujer toda ensueños y optimismo volviósese materialista y escéptica hasta el desaliento... Ya no lloraba: sonreía, pero con una sonrisa triste que enmascaraba al llanto y al dolor...

Y una tarde, cuando las últimas violetas se agostaban y los primeros botones engalanaban los rosales, Ana María, contemplando el sol que se hundía lentamente tras la ingente mole de una sierra que recortábase nítidamente sobre el fondo opalino del horizonte, harta de aire y de perfumes, ebria de paisaje y de luz, cerró los ojos dulcemente, plegó los labios en una sonrisa indefinible mezcla de dolor y de satisfacción y expiró...

El astro del día acababa de esconderse detrás de una montaña majestuosa... La noche diáfana y fresca descendió pesadamente... El cielo adquirió azulina transparencia... La luna brilló muy luego con su magnífica esplendor...

La ciudad estaba quieta, con quietud de campamento...

En el jardín de la vieja casa colonial los naranjos estaban mustios como en los días dolorosos que vivió Ana María, la linda provincianita soñadora y sencilla, frágil y pura como los lirios de su valle natal.



La Virgen de la Pruta
 Tabla primitiva flamenca de Jan Gossaert
 Pintor de Cámara de la Princesa Leonor de Austria
 hermana del Emperador Carlos V
 nació en Maubeuse el año de 1470 significándose
 por haber sido el primero que introdujo el gusto
 italiano entre los pintores flamencos de su época
 Propiedad de Don
 Lorenzo Pellerano

Las últimas
modas de
París

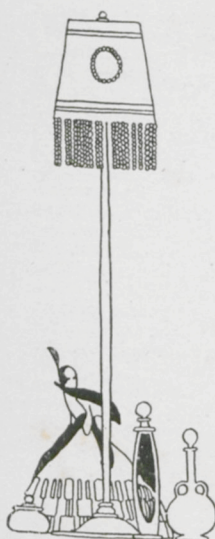
Los últimos
modelos de
París



FOTOGRAFÍAS TOMADAS
EXPRESAMENTE PARA
«PLVS VLTRA»



TRAJE DE CARRERAS, EN
SATÍN NEGRO RECUBIERTO
DE TUL BLANCO PLEGADO.
LOS BAJOS DE LA FALDA,
GUARNECIDOS CON PIEL
DE MONO.



TRAJE BLONDINE. EN TAFETÁN MARRÓN,
FLORES DEL MISMO TEJIDO RECOGEN LOS
BULLONES.

Tres enigmáticas pero modernísimas figurillas me esperan esta tarde, bajo el círculo luminoso de mi lámpara, compañera fiel de mis horas de trabajo... Al tomarlas, debo acercarme aún más a la luz para descifrar — con bastante dificultad — la leyenda anotada al pie de cada dibujo, y me parece descubrir cierta expresión de ironía, en esos ojillos apenas indicados por el rápido trazo de lápiz que ha cuidado con esmero de los detalles del vestido, — y era en este caso lo esencial; — pero que no ha tenido tiempo que perder para convencerme que las figurillas que lucían los codiciados modelos *dernier cri* podían ser admiradas también por su belleza...

¿De dónde venimos?... ¿Qué es lo que hacemos aquí?... parecían preguntarme... Busqué entonces la leyenda de la más atrayente de las tres, y leí: Longchamp... y ese solo nombre evocó, para mí, el cuadro inolvidable, ¡de luz y de color! El *Gran Prix*, acontecimiento indispensable para la vida parisina, como lo es el *Derby*, para los hijos de Albión: después de la prolongada paralización, de toda manifestación mundana, París revive sus fiestas predilectas, y sus elegantes mujeres se congregan, bulliciosas y coquetas, para lucir galas primaverales; demasiado largos fueron los meses en que llevaron las sobrias vestiduras que simbolizarán para siempre la infinita abnegación de esas mismas frágiles Tanagras, cuyos movimientos ciñe hoy la estrecha falda que las impone la moda.

En el primero, cubre el estrecho forro de raso negro una túnica de tul blanco plegado, terminado por ancha franja de piel de mono.

Es el segundo, de estilo sastre, de lana color almendra, con bordados del mismo color, pero en tono más oscuro; falda plegada.

Luego, el traje para la tarde, hora del té, conciertos, visitas... Su nombre — Blondine — indica que deben llevarlo, con preferencia, las de dorada cabellera; está hecho todo de pequin marrón, y guarnecido con flores de la misma tela.

LA DAMA DUENDE.



SASTRE RIBERA. FORMA SASTRE EN TEJIDO
BEIGE, BORDADO CON CINTA PASADA, FAL-
DA BEIGE PLEGADA.

UN BAUTISMO DINTORESCO EN CATAMARCA

Cuando la criatura vino al mundo, ya le tenían los padrinos elegidos, y hasta el nombre que — fuera varón o mujer — debía llevar... el nombre del padrino, por cierto, que era también el de la región donde nacía: fue mujer, y la llamaron Salvadora... era su destino.

En aquellos parajes tan alejados de los recursos de la civilización, donde las costumbres son tan primitivas y donde un sacerdote tiene que atender una feligresía de más de cuarenta leguas, están autorizadas las personas de más representación del lugar a poner el agua bautismal a los recién nacidos, pues de lo contrario, corren éstos el riesgo de llegar a su mayor edad sin haberla recibido.

Pero los padres de nuestra ahijada, eran extranjeros, y no se conformaban con la costumbre del lugar; querían que su hija fuera bautizada por un sacerdote y en una iglesia: y como el establecimiento donde residíamos, distaba siete largas leguas, no diré de la iglesia más cercana, pero sí de la que tenía cura, tuvimos que salvar a caballo la distancia que nos separaba de Belén, la capital del Departamento.

Precioso fue el recorrido que hicimos en numerosa caravana acompañando a la niña a su bautizo: cruzamos cerros escarpados, llenos de lujuriante vegetación, donde colgaban de árboles centenarios, las coquetas lianas que cantan los poetas, y a cuyo pie corrían las transparentes aguas de un arroyito, alimentado, sin duda, por algún manantial oculto bajo un tapiz de helechos de variadísimas formas y colores.

¿Por qué — pensaba yo — llevar esta niña a una iglesia para acercarla a Dios? ¿No está más cerca de El aquí, rodeada de su obra?

En medio de aquella salvaje y grandiosa naturaleza, donde es tan fuerte la sensación de la propia pequeñez, el alma se dilata y adora con verdadera unción al Creador de tanta maravilla, entrando realmente en comunión con Dios.

Allí es donde hubiera yo bautizado a mi ahijadita: sentía vehementes deseos de hacer un Jordán del plateado arroyito cuyas caprichosas curvas seguíamos en la quebrada; pero... imposible ni dejar traslucir mi pensamiento: mis futuros compadres se hu-



bieran horrorizado ante semejante idea y me hubieran creído seguramente atea.

La quebrada iba ensanchándose y nos acercábamos a la gran planicie que constituye el valle llamado de Belén, cuando empezamos a oír, en medio del imponente silencio propio de aquellas regiones, algo así como el lejano rumor del mar. A medida que avanzábamos, el ruido crecía en intensidad, pero no podíamos adivinar qué era lo que lo producía. Intrigados por aquel fenómeno, tratamos de inquirir su causa.

«Son los loros, señor», nos dijo el mozo de mano sonriendo y un tanto extrañado de que nos sorprendiera un hecho tan común para él.

No le creímos, sin embargo, pues el estrépito iba *in crescendo* y no parecía cosa de loros. El vago rumor de un mar lejano íbase convirtiendo en el ruido ensordecedor del choque de furiosas olas sobre las rocas. Y, cuando, pasada una vuelta del camino, nos encontramos en el abra formada por la desembocadura de una quebrada, el espectáculo que se ofreció a nuestra vista era verdaderamente imponderable: millares y millares de loros cubrían allí los árboles; no se veía una hoja y había ramas que parecían no poder ya resistir el peso que tenían que soportar. Aquellos eran verdaderos árboles de loros, especie ésta que no figura en nuestro Jardín Botánico.

Todos los endiablados y ruidosos pajarra-cos de la comarca, enemigos acérrimos del agricultor, se habían reunido allí en solemne congreso y sólo Dios sabe lo que discutían; pero si aseguro que cientos de bocinas de automóvil sonando a la vez, juntamente con las campanas todas de nuestras iglesias lanzadas a vuelo, no hubieran producido tanto ruido como el que hacían aquellos diminutos congresales.

El espectáculo era muy original y de los que no se olvidan fácilmente, pero para ali-

vio de nuestros tímpanos apuramos la marcha y pronto dejamos atrás aquella animada reunión, que seguramente se habrá prolongado hasta la caída de la noche.

Habíamos recorrido ya más de cuatro leguas, cuando divisamos los primeros ranchitos que forman la población llamada Londres, sitio donde residieron en otro tiempo los indios más valientes que habitaban lo que es hoy nuestro territorio: los Calchaquies y los Quilmes. Existen aún algunos vestigios de su extinguida civilización, pues se ven todavía allí restos de ruinas de los fuertes que ellos hicieron, quizá para defenderse de los españoles que, venidos del Perú, fundaron en aquel lugar la primera población, que ellos levantaron en territorio, hoy, argentino.

No eligieron mal, por cierto, pues es ese punto uno de los rincones más pintorescos de la República, uno de los que más bellezas reúne. Lleva aquel pueblito el pomposo nombre de Londres, porque fué fundado en el año 1558, en ocasión del casamiento de Felipe II con María de Inglaterra, hija de Enrique III.

A pesar de la atracción que ejercía sobre nosotros este precioso e histórico pueblo, con sus coquetos cerritos y sus tortuosos y sombríos callejones, bordeados de acequias y desde donde la frondosidad de los árboles que los forman, no dejan ver ese cielo siempre azul y siempre diáfano: donde anidan la variedad más completa de pajaritos de vistoso plumaje y armonioso canto, tuvimos que seguir viaje para no llegar demasiado tarde a nuestro destino.

Eran las siete de la noche cuando arribamos a Belén, y fué con verdadera alegría que vimos el fin de la jornada, pues nuestros cuerpos poco habituados al exceso de ejercicio que les habíamos exigido, veían con placer llegar la hora del reposo.

Belén se parece mucho a Londres: pero todo en él es más grande: sus cerros son más

POR EMINA P. DE MEZQUITA

altos, sus planicies mayores, los callejones más anchos: en lo que a naturaleza se refiere, se podría decir que es Londres visto a través de una lente de aumento; pero no siempre favorecen las mayores dimensiones, y esto, a mi juicio, pasa con estos dos pueblos, uno es más grande, pero el otro mucho más hermoso. Como población, no hay comparación, Belén es la capital del Departamento. Grande fué nuestra sorpresa al encontrar allí una lujosa iglesia moderna, de tres amplias naves, que no desmerecería en un aristocrático barrio de nuestra Capital. No diré que la escuela y demás edificios sean en consecuencia; quizá las veinte leguas que separan esta población del ferrocarril, entorpecen su adelanto.

Al día siguiente de nuestra llegada, tuvo lugar el bautizo, al que concurrió gran parte de la población, atraída, sin duda, más por el deseo de ver a los forasteros — que tan pocos llegan hasta aquellas regiones — que por el bautizo en sí. Esta ceremonia es allí como en todas partes, no tiene ninguna característica especial que llame nuestra atención. Después de terminada fuimos obsequiados por el cura del lugar, con un suntuoso almuerzo, al que concurrieron las autoridades y todas las personas representativas de Belén. Sociedad patriarcal aquella, sencilla, hospitalaria, buena, como la que tantas veces (con una sonrisa incrédula en los labios) hemos oído describir a nuestras abuelas; incrédula digo, porque las que hemos nacido en este medio y en esta época, no alcanzamos a comprender que haya habido una sociedad sin doblez, sin vanidad, donde se tuviera el culto de la amistad y del honor; y, sin embargo, hoy en pleno siglo XX, encontramos parajes donde sus habitantes, no han sido aún contaminados por los egoísmos y falsías que la civilización aporta.

Dejamos Belén con verdadero pesar y volvíamos a llevar a la pequeña cristiana, de rubios cabellos, a la adusta montaña que la vió nacer.

Si como las madrinas de los cuentos de hadas, hubiera podido hacerle dones, hubiera sido uno de ellos, el que nunca dejara el majestuoso silencio de aquellos lugares, cuya nostalgia siento y seguramente no me abandonará jamás.



« Toda obra que la mujer emprenda, toda actividad generosa que la haga traspasar por un momento los lindes encantados de su propio hogar, acercarse a la vida, ponerse en situación de comprenderla, de darse cuenta de que hay un más allá hecho de injusticias tremendas y de dolores insospechados, lejos de hacer perder feminidad a su espíritu, la aumentará ensanchándose el corazón a medida que aumente el conocimiento. Esto dice Martínez Sierra, el maestro, el escultor de la palabra, que conoce el corazón femenino, como si viera sus sentimientos reflejados en un espejo.

Aquí en nuestro ambiente van rompiéndose ya prejuicios de antaño, y vemos a distinguidas damas que ocupan una posición social, que en otras épocas habría absorbido por entero su vida, dedicarse no solamente a endulzar existencias, aliviando miserias, sino estudiando problemas sociales que eviten los males: que más caridad y mejor aplicada es propender a evitarlos que remediarlos.

La señora Etelvina González Chaves de Torelló, secretaria de actas del Consejo General de San Vicente de Paul, ha encontrado el tiempo, a pesar de sus múltiples obligaciones oficiales y mundanas, para traducir a nuestro idioma un libro cuyo conocimiento es tan necesario en esta ciudad, donde el trabajo de los niños en la calle carece en absoluto de reglamentación y vigilancia. A continuación transcribimos algunos párrafos del citado libro, escrito por R. N. Clopper, cuyo título escabeza estas líneas. Los cinco primeros capítulos exponen las condiciones y discuten las causas; los dos subsiguientes se refieren a los efectos, y los últimos tratan de remediarlos. El asunto está presentado con toda amplitud.

EL TRIBUNAL DE VENDEDORES DE DIARIOS

En Boston se ha emprendido un ensayo interesante en el sufragio juvenil y de jurisprudencia, con el fin de poder contralorar

hasta cierto punto la tendencia de los diareros a la delincuencia, e infundirles un sentimiento personal de responsabilidad.

Durante el año 1909, cerca de trescientos diareros pasaron ante el tribunal para niños en esta ciudad, los cuales estaban acusados por violación a las reglas locales referentes a las autorizaciones.

Como en este tribunal había exceso de trabajo y demoraban en pronunciarse las sentencias, en vista de esta situación, los muchachos concibieron la idea de establecer un tribunal de vendedores de diarios que tendría jurisdicción en todos los casos por faltas a la observancia de las reglas que rigen el oficio. Al año siguiente se presentó una solicitud al Comité de las Escuelas de Boston, la que fué favorablemente recibida por aquel cuerpo, y en conformidad, en la elección ordinaria del día en aquel año, los diareros echaron sus bolillas para elegir tres jóvenes jueces para el tribunal. Estos tres muchachos y dos adultos designados por el Comité de la Escuela, componen el tribunal. La elección de esos niños jueces, tiene lugar anualmente y todos los diareros autorizados que concurren

a las escuelas públicas, son calificados como electores. El tribunal está autorizado para investigar y manifestar sus fallos con las recomendaciones al Comité de las Escuelas en todos los casos de infracción a las reglas del diarero. Bajo la ley del Estado de Massachusetts, el Comité de la Escuela está autorizado para reglamentar los oficios de la calle para niños menores de catorce años de edad; por eso los diareros están sujetos puramente a la superintendencia local. El Inspector de menores autorizados, que también es un delegado del Comité de las Escuelas, puede a su discreción tomar las acusaciones de su departamento ante el tribunal de los diareros en vez del tribunal de los jóvenes. A los jueces de los diareros se les paga cincuenta centavos por sus honorarios por cada sesión oficial del tribunal. Las acusaciones que se hacen ante la mesa del juicio, como se llama en Boston el tribunal de los diareros, son las siguientes: hacer la venta de diarios sin tener la divisa correspondiente después de las ocho de la noche, o en los tranvías; observar mala conducta; por inasistencia a la Escuela, por jugar o fumar. Las penas para estos casos va-

rían desde las reprensiones, o la suspensión del permiso por un tiempo limitado o por la completa revocación.

RESUMEN

Aunque el trabajo de vender diarios ha sido subdividido hasta cierto punto y también sistematizado por los directores de la circulación, son tantos los resultados perjudiciales en los niños, que debería hacerse un cambio completo en los métodos que se emplean al presente.

Sabemos que este trabajo carece de vigilancia y disciplina de parte de los adultos, lo que expone a los niños a los peligros materiales que los acechan en las calles; que las horas tan matinales los fatiga y que las oportunidades para las malas compañías son muy frecuentes durante la noche; que las irregularidades de las comidas y el uso de los estimulantes tienden a debilitar sus organismos; que no ofrece este trabajo oportunidades para adelantar, y que no conduce a nada útil. Sabemos, además, que la presencia del niño diarero en nuestras calles no puede justificarse por razón de la pobreza. En otros países se ha demostrado que a los niños no se les necesita para la venta y el reparto de diarios; en fin, también se ha demostrado que la venta en los kioscos y el ocupar a hombres en vez de niños para la venta en las calles, son dos cosas factibles y de resultado satisfactorio. ¿Por qué no podemos introducir en los Estados Unidos tales prácticas? No hay duda en cuanto a la conveniencia de este cambio, pero la innovación no será hecha seguramente con voluntad por parte de los diarios. La ley debe proceder con energía para prohibir a los niños el trabajo en las calles.

No es necesario hacer ninguna ponderación alrededor de la obra generosa de la señora de Torelló; basta hojear el libro para darse cuenta que sólo un espíritu femenino altruista, claro y lleno de generosidad pudo dedicar mucho tiempo a tan ingrata tarea, para reportar un beneficio a nuestra sociedad.



SEÑORA MARÍA TERESA DE GUERRICO DE ZAPIOLA ACOSTA

La consagración del enlace de la señorita de Guerrico, con el señor Nicanor Zapiola Acosta, dió lugar a uno de los acontecimientos sociales más brillantes de la temporada. La ceremonia se efectuó en la elegante residencia de los esposos Guerrico-Carlés, en cuyo salón de honor se dispuso un suntuoso altar en el que se admiraron ornamentos sagrados de incalculable valor artístico, piezas provenientes de las colecciones propiedad de las familias de Guerrico, Bunge, García Calvo y Carballedo. La gentil desposada lució, durante la solemne ceremonia, sobrio atavío de raso blanco, nimbando la delicadísima belleza de su rostro, así como su esbelta silueta, el tradicional velo de tul de ilusión, sujeto sobre la frente por azahares y azucenas.

LA D. D.



Sra. Mercedes Señal Anzures de Tamero

FOTOGRAFIA · DE
FRANZ · VAN · RIEL



La criolla japonesa

Kismينو Kusmoto es un rayito del Sol Naciente que fraterniza con los del Sol de Mayo; Kismينو Kusmoto es un pimpollo de nenúfar amarillo que florece en tierra argentina; Kismينو Kusmoto es una muñequita japonesa que habla el porteño.

Tiene cuatro años, cuatro años reflexivos, tranquilos; en su rostro de viva porcelana aún no ha nacido la eterna sonrisa nipona; en sus ojitos intensamente negros hay una miniatura de meditación.

Kismينو Kusmoto, la criolla japonesa, es el encanto de las miradas azules, de las miradas grises, de las miradas morochas. Las manos blancas sienten la tentación de acariciar aquel cabello renegrido y sedoso; los labios rojos desearían posarse en aquellas mejillas tersas; mas Kismينو Kusmoto

inspira un extraño respeto. Viéndola, se comprende la veneración que el japonés tiene al niño: hay en aquella figura algo de sagrado; parece el ídolo bello y amable de una creencia misteriosa.

Habitualmente, como buena criolla, viste a la europea. Esos trajes irracionales adquieren todo el aspecto de un disfraz, contrastando con la carita de Kismينو Kusmoto. Sólo en Carnaval, cuando las madres y las tías disfrazan a los chiquilines, martirizándoles cariñosamente, Kismينو Kusmoto viste a la japonesa. Entonces, sobre el sedoso y florido «kimono», surge aquella cabecita rosada como flor de cerezo. Y la criolla japonesa se distingue por la calma, de toda la turba infantil indócil, llorona y torpe. Kismينو Kusmoto, erguida, imperturbable, tiene actitudes esculturales de una elegancia exótica. Ingenuamente representa la

sabiduría artística de toda una raza original.

Kismينو Kusmoto, pimpollo de nenúfar amarillo, criollita japonesa, tú vivirás en tu patria de nacimiento mientras tus padres no realicen sus propósitos y vuelvan a su patria. Tal vez, la fortuna quiera que tu sonrisa nipona florezca en tierra argentina.

De todos modos, siempre has de ser un hilo tenue que unas dos razas. ¿Qué destino tiene reservado el porvenir a tus compañeros y compañeras? ¿Qué gotas de voluntad y de inteligencia representáis?

¡Kismينو Kusmoto, rayito de Sol Naciente que se hermana con los del Sol de Mayo, muñequita japonesa que habla porteño, la dicha te acompañe siempre!

GOUACHE DE ALVAREZ.



GOODYEAR

AKRON



El Neumático Goodyear es digno producto de las grandes fábricas Goodyear, cuyo fiel reflejo es.

Todas las economías que pueden efectuarse debido a su grandeza—los ahorros en la compra de materiales, los ahorros en la fabricación, los ahorros en la distribución—se invierten en el producto, para hacerlo mejor. Esto da como fruto un neumático sin tacha, de calidad incondicional, pero que se vende a un precio módico—el neumático Goodyear.

The Goodyear Tire & Rubber Co. of South America
Alsina, 902 esquina Tacuarí — Buenos Aires.

MERCADITO PARAGUAYO



SIN NECESIDAD DE COMPLICADAS ADMINISTRACIONES, LOS INDÍGENAS COLOCAN SUS MERCADERÍAS SOBRE EL SUELO Y LAS PREGONAN Y LAS VENDEN. NINGÚN MERCADO MODERNO PUEDE RIVALIZAR CON ESTOS MERCADITOS PARAGUAYOS, COMO NOTAS DE COLOR Y DE ARTE LLENAS DE LUZ Y DE PINTORESCA POESÍA.



Procedimiento novedoso contra los barrillos

DESPUES de la revelación de recientes secretos de la ciencia moderna, no deben existir en ningún rostro femenino esos molestos barrillos, grasitud y poros dilatados que tanto restan a los encantos de la mujer y tan cruel efecto producen en el ánimo de la misma. El nuevo procedimiento elimina instantáneamente tales molestias sin necesidad de recurrir a masajes y sin dañar en lo más mínimo el delicado cutis. Se recomienda precisamente por su sencillez y por ser agradable. Obtenga algunas tabletas de stymol, cuidando estén siempre bien tapadas y en lugar seco. Eche una en un vaso con agua caliente. Luego de cesar la efervescencia que se produce y usando una esponjita o paño, someta su rostro a un abundante baño, secándose luego con una toalla limpia y blanda. Y con gran alegría notará usted que de su cara habrán desaparecido los barrillos y la grasitud, los poros se habrán contraído, quedando un cutis claro, aterciopelado y fresco. Con tan sencilla operación, que puede repetirse algunos días después para la definitiva

El encanto de un rostro agraciado no debe variar ni con el transcurso de los años, pero es necesario saber conservarlo.

Mme. Charlotte Rouvier

permanencia de tan rápido éxito, se restituye al corazón la felicidad de los atractivos de la vida.

Las canas. — Remedio casero

SON muchas las razones para que consideremos a las canas como huéspedes molestos, y muchas también las que nos hacen aborrecer el uso de los tintes. Y, por otra parte, no hay razón para tener canas si no queremos tenerlas. Devolver el color natural a las canas es realmente la cosa más sencilla. Basta comprar en la botica dos onzas de tammalite y mezclarlas con tres onzas de «bay-rhum» o espíritu de laurel. Aplíquese la loción a la cabellera por medio de una esponjita durante algunas noches, y las canas irán desapareciendo paulatinamente. Este líquido no es pegajoso ni grasiento, ni tampoco produce daño de ningún género al cabello. Ha estado en uso durante generaciones que han conocido la fórmula, con los más satisfactorios resultados.

Para extirpar las raíces del vello

LAS damas a quienes contraría el crecimiento de pelo superfluo, deben saber que hay un medio de hacerlo desaparecer, no sólo temporalmente, sino de matar por completo sus raíces. Para este propósito basta aplicar porlac puro pulverizado a la parte donde se haya presentado ese huésped molesto. Este tratamiento se recomienda porque borra instantáneamente el vello y además extirpa para siempre sus raíces de tal manera que el vello no vuelve a hacer su aparición. Una onza de porlac, que puede usted comprar en cualquier botica, es suficiente para el caso.

Renovación del cutis

CREO poder contribuir en algo a la felicidad de muchas mujeres revelando un interesante «secreto de belleza» que, en gran parte, disipa el temor al avance de los años.

Pienso que cuando el cutis se torna incoloro,

arrugado y feo a consecuencia de los años, o — en la mayoría de los casos — por el deplorable efecto de tratamientos equivocados, sólo queda un remedio a que acudir. Me refiero a la eliminación de esa capa o velo rígido y apergaminado que cubre la piel nueva y lozana oculta por el mismo, fenómeno que invariablemente se repite en todos los cutis femeninos. Para llegar paulatinamente a este resultado, se usa cera mercolizada buena, que durante algunas noches se extenderá suavemente por el rostro sin hacer masaje. Poco a poco la piel externa, sin vida, empieza a desprenderse en pequeñas partículas, dejando en descubierto el hermoso y aterciopelado cutis que se encuentra inmediatamente debajo. Conozco algunas damas que han recurrido a este sencillo procedimiento, y hoy sus cutis son perfectos.

Como la mayoría de las mujeres, tengo horror a parecer vieja, de manera que ha sido para mí una gran satisfacción el descubrimiento y resultado de este método tan sencillo como eficaz.

El atractivo de los Cabellos Abundantes

LA belleza del cabello contribuye poderosamente al magnetismo personal de damas y caballeros. Lo mismo las actrices que las damas de la sociedad elegante, están siempre a la mira de cualquier producto inofensivo que aumente la natural hermosura de su cabellera. El remedio novísimo es usar stallax puro como shampoo a causa de la brillantez, suavidad y ondulación que produce en el pelo. Como el stallax no ha sido usado nunca antes de ahora para este efecto, sólo lo reciben los droguistas en paquetes con sello original, conteniendo cada uno cantidad suficiente para veinticinco a treinta lavados de cabeza. Una cucharadita de las de café llena de los olorosos gránulos del stallax, disuelta en una taza de agua caliente, es más que bastante para cada shampoo. Beneficia y estimula grandemente el cabello, además del efecto embellecedor que le produce.



Gladys
Callao, 524 Buenos Aires



Cómo una oferta excepcional al
MUNDO ELEGANTE
LIQUIDA
una Primorosa Selección de Tapados
y Salidas de Baile de Gran Moda,
todos ellos *Modelos Exclusivos* de la
Casa y *Unicos en el Mundo*, a fin de
dar cabida al nuevo stock de mer-
caderías para la próxima estación.

Las personas que rinden culto al
arte de vestir, deben aprovechar
esta oportunidad sin precedente para
hacer sus compras, tanto de Vestidos
y Tapados como de
Lencería fina.



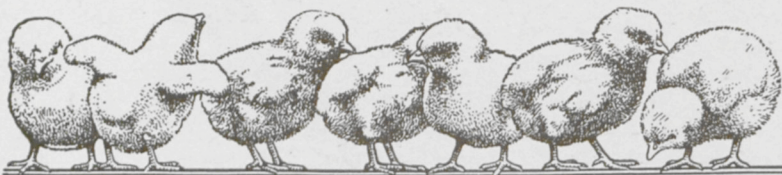
Una visita a la casa
para apreciar la ca-
lidad y singular buen
gusto de los artícu-
los que se ponen en
venta, será un mo-
mento de grata sa-
tisfacción.



EL ARTE EN EL ROSEDAL



NO VAN A SER LAS LINDAS PASEANTES Y SUS ADMIRADORES LOS ÚNICOS QUE ACAPAREN LAS BELLEZAS DEL ROSEDAL. TAMBIÉN LOS ARTISTAS BUSCAN ALLÍ OXÍGENO PARA SUS PULMONES Y PARA SU ARTE. PERO — ¡OH FATALIDAD! — NI EN AQUEL SITIO LOGRAN VERSE LIBRES DE LA CRÍTICA NI DE LOS CRÍTICOS.



No se figura usted lo que puede hacerse con una Incubadora a corriente eléctrica. Visite la Exposición de Avicultura "Excelsior" calle Belgrano, 499, esquina Bolívar, Buenos Aires, para darse cuenta, o envíe 1 peso por los Catálogos diferentes sobre Avicultura moderna



Las damas de distinción
prefieren
Agua de Colonia Añeja
Yardley

por su genuino y delicioso perfume.
El mejor, sin costar más caro

VENTA EN PERFUMERÍAS, FARMACIAS Y TIENDAS
Y EN MAR DEL PLATA: LUTZ, FERRANDO Y CIA.,
RAMBLA, 117. CASA TROTTA, RAMBLA, 150.

YARDLEY (Est. 1770) 8, New Bond Street, LONDON

AGENTES EXCLUSIVOS:

PAUL J. CHRISTOPH COMPANY
166, LIBERTAD, 172 - BUENOS AIRES



E. BISH

FABRICA DE CARTERAS
Y MARROQUINERÍA
FINA

ESMERALDA, 81.

Bolsitas de seda fantasía con
broches de carey y de metal, \$ **35.-**

Unión Telefónica, 1470 (Avenida).

Esterbrook



La pluma más indicada para todos los usos y para todas
las manos, es la **FALCON No. 048** de **ESTERBROOK**.

De venta en todas las principales Librerías.

Mi desesperación...

Mi desesperación no reconocía límites; una horrible caspa destruía lentamente mi cabellera, dando a mi rostro el prematuro aspecto de la vejez.

Recurrí al remedio que muchísimos proclamaban como INSUPERABLE, y hoy gracias a su empleo, mi cabellera es hermosa y abundante, siendo mi orgullo y la envidia de todos.

Específico Boliviano BENGURIA

su solo nombre es un sello de garantía.

Recomendado por eminentes personajes del mundo entero como UNICO para:

Detener instantáneamente la caída del cabello.

Extirpar de inmediato la caspa.

Devolver a las canas, sin teñirlas, su color primitivo.

CURAR LA CALVICIE

Ponemos sobre aviso

al público en general, que mercaderes sin conciencia, abusando de un caso fortuito de coincidencia de domicilios, tratan de robar al público, endilgándole una preparación insuficiente y mala, apoyándose en el formidable éxito conseguido por el

Específico Boliviano BENGURIA

CUYA MAYOR RECLAME SON SUS

CATORCE AÑOS DE EXITOS NO INTERRUMPIDOS

UNICO LUGAR de ventas y consultas en la República Argentina, atendido personalmente por el hijo del Inventor.

Doctor RAFAEL BENGURIA B.
Avenida de Mayo, 665 U. Telef., 7231, Avenida

SOLICITE FOLLETO GRATIS



CERTIFICADO

DE LA DISTINGUIDA SEÑORA ELVIRA
QUANT DE VALENZUELA

Por la presente hago público mi agradecimiento y para bien de las personas atacadas de caspa, caída de pelo y calvicie, hago constar, por haberlo usado, que con el Específico Benguria ha desaparecido en su totalidad la caspa, que tanto me molestaba y que ocasionó la pérdida de mi cabellera, estando a la fecha con mi cabellera recuperada y el pelo sano y sedoso, siendo la admiración de las personas que han visto tan sorprendente resultado.

Doy este certificado para los usos que crea conveniente el Dr. Benguria

Firmado: Elvira Quant de Valenzuela.

Calle, Migue de la Barra, 365 — Santiago.

UN RODEO EN LA PAMPA



He aquí que sobre la inmensa planicie recobra sus instintos ancestrales el pueblo ario. Los modernos descendientes de aquella raza nómada que hace millares de siglos abandonó los valles de la Bactriana, e impelida por la necesidad emigró a Europa en grandes aludes humanos, ha continuado su éxodo hacia occidente pasando el mar.

El ario era pastor; no sabía construir ciudades ni casas de piedra o ladrillo. Seguía las

márgenes de los ríos donde el pasto y el agua alimentaban sus ganados. Al encontrar un sitio que los jefes consideraban bueno para descansar durante el verano y el invierno, la tribu levantaba ranchos de madera y paja y allí permanecía hasta la llegada de marzo, mes en el que se inicia la primavera en el hemisferio boreal. Algunas de esas estaciones de reposo son ahora ruinas de ciudades.

Así el emigrante ario, viajando los tres me-

ses de marzo, abril y mayo, llegó hasta los límites occidentales de Europa. Ahora prosigue su labor pastoril más allá del océano para mayor gloria y riqueza de la Argentina.

Los rodeos de hacienda, grandes y pequeños, vienen a ser, pues, una continuación de las labores pastoriles que emprendieran hace siglos los habitantes de la Bactriana que, por obra de la necesidad, fueron los civilizadores del mundo.

Cuando a los niños se les promete dar Jarabe

Laxativo LEGRAIN

lo toman aún cerrando los ojos, por su sabor rico y agradable.



El Jarabe Laxativo LEGRAIN es reconocido como el mejor laxante para los niños y personas delicadas.

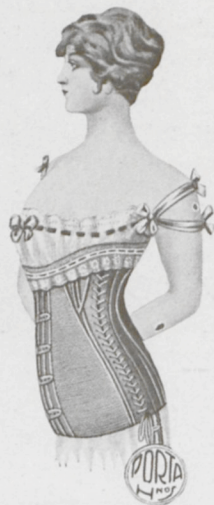
De venta en las principales Farmacias y Droguerías.

Representantes: **CAMPONOVO Y Cía.**
LAVALLE, 477.

FAJAS SOBRE MEDIDA

PARA

HOMBRES Y SEÑORAS



DISPONEMOS DE UN EXTENSO SURTIDO DE MODELOS, TANTO PARA EMBELLEZER EL CUERPO, COMO PARA CUALQUIER DEFECTO DEL MISMO.

SE APLICAN EN LAS FAJAS, PLACAS PNEUMÁTICAS (LEGÍTIMAS) PARA LOS CASOS DE RIÑÓN MÓVIL, DILATACIÓN DEL ESTÓMAGO, ETC., CON RECETA MÉDICA.

MEDIAS Y VENDAS ELÁSTICAS, BRAGUEROS, ETC.

PIDAN PRECIOS

PORTA HERMANOS

CALLE PIEDRAS, 341 - BUENOS AIRES



PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Bs. Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN EN TODA LA REPÚBLICA

Trimestre (3 ejemplares).....	\$ 3.—
Semestre (6 ").....	\$ 6.—
Año (12 ").....	\$ 11.—
Número suelto.....	\$ 1.—

EXTERIOR

Año.....	\$ oro 5.—
Número suelto.....	\$ 0.50

Pueden solicitarse suscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de «CARAS Y CARETAS», o directamente a la administración, calle Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.



La belleza física pronto se marchita cuando no está sostenida por una buena salud y un organismo fuerte.

En efecto: nada hay que tanto envejezca ni que tanto destruya la corrección de líneas como los sufrimientos físicos. La imperceptible mueca de dolor, o el malestar mental que causan las enfermedades nerviosas, se traducen en arrugas, en carnes flácidas y en palideces que no hay ingrediente de tocador alguno capaz de borrar nuevamente.

IPERBIOTINA MALESCI

preserva la belleza, haciendo cuerpos sanos y robustos. Además, limpia la sangre de impurezas y evita así los granos, los barros y las manchas que tanto afean.

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia). Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia.

VENTA EN DROGUERÍAS
Y FARMACIAS

Unico Concesionario - Importador
en la República Argentina:

M. C. de MONACO
VIAMONTE, 871 - Buenos Aires.



PHILIPS ARGA

*Lamparita de
alta calidad*



Fabricantes
PHILIPS LTD. EINDHOVEN
(Holanda)

Unicos Agentes
BOSCO VILLY MARZONI
Buenos Aires



 **Ibero-Amerikanisches
Institut**
Preußischer Kulturbesitz

2.0	5.6	5.0
2.2	6.3	4.5
2.5	7.1	4.0
2.8	8.0	3.6
3.2	9.0	3.2